HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

Prensas de la Editorial Ercilla

LA MANCHA DE DON QUIJOTE

Es propiedad de la Editorial Ercilla. Inscripción N.o 3459. Queda hecho el depósito legal

Mirella Délano v. de Torre

AUGUSTO D'HALMAR

LA MANCHA DE DON QUIJOTE

Es propiedad de la Editorial Ercilla Inscripción N.o 3459. Queda hecho el depósito legal

BIBLIOTECA AMERICA
III
SANTIAGO DE CHILE
1934

HAROLD B. LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

LA MANCHA DE DON QUIJOTE

"No tengo lo que gasté;
Lo que gané lo perdí;
Sólo tengo lo que dí"...

¿Es el lema de España? No, sino el epitafio de un sepulcro en la su Catedral de Sigüenza.

"... Por la adarga al brazo, toda
(fantasía,
Y la lanza en ristre, toda corazón..."

(Letanías de N. S. Don Quijote, por Rubén Darío).

A

Paulina y Hermann Paul,

en amor a

Nuestra España.

Argamasilla, día de Sn. Fco. de 1927.
M a d r i d, día de Reyes de 1 9 2 8.

INTRODUCCION

CAPITULO I

VELA DE ARMAS

"...Y así se dió luego la orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba; y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba; y embrazando su adarga asió de la lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo, comenzaba a cerrar la noche. Contó el ventero a cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballero que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronsele a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba, otras arrimado a su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto por todos..."

Releo paladeándolo y saboreándolo, este capítulo del bautismo de sangre, ya que no de agua del Jordán, de Nuestro Señor Don

Quijote, cuando su primera salida y su primera aventura, la cual le adivino, según el propio Cervantes cuenta, a todo un día de marcha en su rocín, por el antiguo y conocido Campo de Montiel, desde que dejó su aldea.

Y lo releo porque es precisamente hacia esos campos de Montiel "antiguos y conocidos" donde en breve voy a encaminarme, haciendo de escudero, si acaso, de ese gran dibujante francés, Hermann Paul, que, lápiz en ristre, ha venido a intentar la descomunal y desaforada empresa de poner ilustraciones a una nueva y monumental edición que del "Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" publicará una Sociedad de Bibliófilos Francesa.

Difícilmente hubiera yo tenido acaso otra ocasión de peregrinaje por esa Tierra Santa de Nuestra Raza y a través de sus Santos Lugares, si la suerte no me deparara esta inesperada de recorrerlos. Y yo que he ido de más en más perdiendo mis antiguos arrestos de aventurador, ya que no aventurero, vuelvo a sentirlos en mí a la sola promesa de ver ponerse la Luna y alzarse el Sol sobre la llanura manchega; de aposentarme en aquellas sus ventas, que son castillos, y yantar a la mesa con arrieros y trajinantes, en un todo parecidos a los de hace tres siglos; de ver batir los aires las aspas de los molinos que fingieron gigantes, allá en Puerto Lápice, y oír acaso el eco evocador de los batanes; de llegarme por esos caminos de Dios hasta las lagunas de Ruidera donde nace el Guadiana, y rena-

ce en los llamados Ojos del Guadiana, y hasta la cueva de Montesinos; y de volver, como final de viaje, a descansarme en aquel Toboso, cuna de una hipotética Dulcinea, que hasta hoy ningún caballero andante de cuantos en el mundo han sido, supo de fijo si había o no existido sino en nuestra imaginación alterada por la sed de realidades reales.

Es para mí mismo, como una vela de armas, esta víspera de una salida más y una vuelta menos, entre las muchas de mi andariega fortuna. Marcho de nuevo a desencantar otra de esas contadas visiones prometedoras que nos reserva el mundo, ni tan pequeño, ni tan grande, como suelen imaginárselo caminantes o sedentarios. Una de las raras cosas que no me han de desengañar, puesto que va toda conmigo y en mí. En efecto, ¡qué puede importarme el que haya una venta más en el cruce de los caminos de Argamasilla y El Toboso, o un molino menos en Criptana, si la llanura sigue siendo la misma en su desolación y el cielo en sus mudanzas! ¡Si los elementos de que se valió nuestro Príncipe de los Ingenios, todos permanecen intactos e invariables, puesto que no fueron sino tierra y barro fecundos y dorada fantasía! Nada de aquella su obra ha pasado, ni envejecido. Y en esta España, campo de las hazañas de su héroe, nada tampoco la desmiente, puesto que las vidas terrestres y temporales de más de un español: Alonso Quijano, llamado el Bueno, o Sancho Panza, marido de Teresa, y hasta de más de un Rocinante y un Rucio,

siguen corriendo parejas con la epopeya divina y eterna. Digamos que si el Quijote salva las Españas, las Españas conservan el espíritu del Quijote.

Nada hay más evidente que esos personajes de ficción, que somos los propios humanos. Y es que, dígase lo que se diga, El Ingenioso Hidalgo, como todas las obras grandes, no es sino la autobiografía de ese otro no menos hidalgo, ni ingenioso, que guerreó, en Lepanto contra la morisma y en su patria contra la miseria, el fanatismo y la injusticia... "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre *no quiero acordarme*", se le escapa decir al empezar su último Libro de Caballería. Y le sirve como clave, esta confesión de parte.

Así, pues, es a él a quien vamos a hallar, invisible y presente en los páramos manchegos; porque su alma visionaria, que fué tantas veces víctima de las malas artes de los encantadores, vaga ahora encantada sobre la planicie inmensa, alienta en el aire, se respira con el polvo, refrigera en el río, sangra en los árboles, cabalga en las nubes. En mis divagaciones ha solido aparecérseme su luminosa sombra, como en la visión del Tabor, lado a lado de las del Redentor y del Pobrecito de Asís: el trígono de la caridad, y la trinidad cristiana.

Yo no sé cuántos mortales diseminados por la distancia, han de soñar, como este preclaro dibujante francés y como yo mismo, con la que pudiéramos llamar nuestra Patria Ideal.

A ella vamos ahora nosotros dos, pero en delegación de muchos desconocidos ausentes. Y cuando mi planta se afiance en el pedestal de la Mancha, y puedan otear mis ojos el ilimitado horizonte de horizontes, desde el pasado y hasta el porvenir, es posible que reciba para mis amigos lejanos, un mensaje de amor, de belleza y de paz.

Se lo transmitiré religiosamente, en los capítulos que han de proseguir este a modo de prólogo. Y bien que la ruta del Espejo de los Caballeros, no ha de perseguirse sólo en la tierra, sino sobre todo en el ensueño, jalonándola paso a paso, tal vez espigue alguna inadvertida florecilla, algún guijarro escondido de recuerdo, que, como un talismán, nos entregue con su posesión, la posesión de la inescrutable Verdad: el Sésamo-Ciérrate y el Sésamo-Abrete.

Y ahora, avancemos. Un puñado de días nos resta en la escarcela, para pagar el peaje y el pontazgo de los caminos inexplorados y de los puentes tendidos sobre el abismo. Un puñado, a la vez, de semillas, que podremos ir esparciendo al viento de lo desconocido y que seguramente fructificarán, bajo la lluvia de los días y de las estrellas.

PRIMERA JORNADA

ARGAMASILLA DE ALBA

CAPITULO II

LA LLANURA MANCHEGA

Una tierra sin límite, pero que no sirve sino de asiento a un cielo todavía más vasto, he aquí cómo recuerdo yo esta Mancha que acabo de cruzar de un extremo al otro, desde la Provincia de Ciudad Real, donde está Argamasilla de Alba, hasta la de Albacete, donde está Ruidera, pasando por la de Toledo, donde está El Toboso.

Nombres legendarios, que uno duda pertenezcan a pueblos actuales con habitantes vivos, y que sin embargo nos reservaban la doble sorpresa de seguir existiendo tal cual fueron en los siglos pretéritos. Al internarme en el espacio, he retrocedido en el tiempo, y si ahora vuelvo del país del "Quijote", ahora salgo también de su época.

Por eso, mientras ha durado el encantamento no he querido quebrantarlo pretendiendo fijar mis sensaciones de nómada por sitio y época y sólo ahora que me reintegro a la mía, trato de contarme a mí mismo mis visiones de ensueño o de pesadilla, ni más

ni menos que Don Quijote al surgir de la Cueva de Montesinos a la superficie.

Como un gran trampolín, la Mancha, y desde él tanto más accesible y practicable la locura, cuanto que afincada sobre una inconmovible base de razón, sobre esa llanura manchega, que no es sino un solo camino y que no conduce sino a los espacios.

Porque todo se destaca y eleva insensiblemente desde esta gleba donde el polvo del estío finge nubes, y salinas de miraje y fuegos fatuos el lodo del invierno. Quien en la Mancha no se haya sentido así arrobado y transportado, es que no la ha entrevisto con los ojos del espíritu, ni la ha visto siquiera por los de la cara.

Porque es la región más fácil y más difícil de sentir, esta de la quimera, reino naturalmente visionario, sujeto por la propia inestabilidad de sus refracciones, a los fenómenos ópticos y sus engaños, y en la cual se nace propenso a esa divina recreación que viene a ser deformar humanamente toda apariencia.

Como al último Caballero Andante, los encantadores, y no me atrevería a agregar que los malos encantadores, hanme hecho juguete por varios modos de sus varias suertes y en sus dominios he soñado despierto y he velado dormido. Todo participaba al rededor nuestro de este desdoblamiento. La evidencia coloreábase de ficción, para mejor demostrarse. No se sabía si las sendas abier-

tas llevaban a otra parte que a los horizontes. No se discernía si la columna de fuego que nos conducía era polvo de sol o nube de polvo. Y esos tropeles envueltos en ella lo mismo podían ser rebaños que ejércitos. Qué bien se comprendían ahí los fantaseos más desbocados y cuánto más se compadecía y admiraba, a ese Ingenioso Hidalgo evadido de su casona como de una prisión y que como un verdadero libertado era víctima de todas las alucinaciones de sus sentidos. Sancho, práctico de ese mar, es decir, de ese desierto, no sufría los mismos errores de perspectiva, porque situaba más con el instinto que por la vista, y para él las piaras eran piaras, el yelmo era bacía y eran ventas los que eran castillos para el jinete de Rocinante. El, sin apearse de su burro, no discernía sino lo aparente. Y no penetrando por lo tanto hasta la imaginación real o la realidad imaginaria de las cosas, desconocía en absoluto su esencia, pero no se dejaba embaucar en cuanto a su, para él, inmutable forma. Su encantamiento, pues, manifestábase a la inversa y de incurable manera, porque si algo hay más grave que confundir molinos con gigantes, es tomar gigantes por molinos.

Yo quisiera hacer hincapié al describir tan prolijamente lo indescriptible, en que no es esta una divagación sino el único modo de asir y retener lo impreciso. Acaso mis palabras sean desacertadas, pero no por dejar en el aire el concepto, sino justamente por con-

cretarlo en demasía. Y quien no piense que la planicie, es decir el ambiente de la Mancha, ha creado la figura de su Caballero de Espejismos, quien piense, por lo contrario, que el Caballero de la Ilusión ha falseado la Mancha con sus imaginaciones, ese ni debe leer mi humilde guía del "Quijote", ni puede leer el "Quijote" mismo.

He oído discutir sesudamente a los manchegos de hogaño, tan quijotescos como los de antaño, si Cervantes fué compatriota suyo y por ende partícipe de la común exaltación; pero antes bien, yo creo se dejó ganar por ella como nosotros y supo consignarla en su obra, como sólo un forastero despreocupado pero avizor, consigue sorprender y fijar ciertas peculiaridades locales. Tal vez el Príncipe de los Ingenios no haya nacido en la Mancha; lo que es seguro, de cierto, es que en ella amó y trabajó, es decir sufrió, es decir vivió.

En la comarca se ocupan de él como de alguien que acabara de recorrerla y, lo que es más curioso, a las veces se le identifica con su personaje y se cree en un Cervantes-Quijote, a las veces déjasele vivir a cada cual vida aparte y háblase separadamente de Alonso Quijano el Bueno, y del casquivano Miguel de Cervantes Saavedra. Tan pronto Cervantes requiere de amores en Argamasilla de Alba a doña Aldonza, hermana de Don Rodrigo de Pacheco, quien le hace poner en prisiones y en desquite sírvele de modelo pa-

ra el protagonista de su libro de caballería, tan pronto confundiéndolo con él se le hace batirse en desafío en El Toboso, en el callejón sin salida que la tiene al palacio de Ana Dulce o Dulcinea, hermana del doctor de Bolonia, don Esteban Zarco. Visítase la cueva donde escribió Cervantes en Argamasilla, aquellas primeras líneas de su novela: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme..." y muéstrase a la vez en el mismo lugar el corral por cuya puerta falsa salió don Quijote al campo una mañana antes del día, (que era uno de los calurosos del mes de julio,) sin dar parte a persona alguna de sus intenciones y sin que nadie lo viese, armado de todas armas y caballero en Rocinante y "con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo". La existencia del uno no es incompatible con la del otro y en muchos casos corren parejas y de concierto su inmortal aventura por esos otros caminos de la leyenda tan amplios como los olímpicos de la Historia y desembocando como los terrestres de la Mancha en plena inmensidad del cielo.

Lo que nadie pone en duda es la veracidad de la más inverosímil de las consejas y la exactitud del menos fidedigno de los narradores, aquel que en descabellado Clavileño se remontó hasta las regiones de esa luz eterna, cuyo prisma combina nuestra existencia y sus efímeros cambiantes. Y he aquí

una vez más cómo del seno de lo absurdo nace milagrosamente la Sabiduría, y extrayendo el día de las sombras separa la tierra de la haz de las aguas.

Infunde un respeto cuasi supersticioso aquel hidalgüelo que un día en una encrucijada de Esquivias (1) topóse con un estudiante, y según costumbre por aquellos años, puesto que llevaban el mismo camino, acordó lo siguieran juntos hasta Madrid. Presentáronse recíprocamente y cuando supo el bachiller que con quien tenía que habérselas era con Cervantes en persona, echando pie a tierra de su cabalgadura, también según usos y costumbres de los años aquellos, rindióle pleitesía descubriéndose ante él como ante el mayor genio de las Españas: "Vuestro libro, señor, y vuestro nombre, — dicen le dijo, — corren de mano en mano y de boca en boca entre cuantos estudiamos, y nos confortan y sirven de ejemplo". Y el autor del "Quijote" sonriendo en el atardecer, cansadamente, dicen le dijo al estudiante:

—Vuesa merced me hace mucha estima y honra transmitiéndome nuevas que a mi conocimiento llegado no habían, pero que me vienen tarde; porque yo quiero sepa vuesa merced, seor bachiller, cómo no son todos los tiempos unos y siempre soy pobre y ya viejo, y enfermo estoy de unas hidropesías que

(1) Prólogo de "los Trabajos de Persiles y Sigismunda".

llévanme a la Corte, de donde acaso a la tumba. "Adiós gracias; adiós donaires; adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo y deseando veros presto contentos en la otra vida".

Decrépito, menesteroso, valetudinario y dolido, porque sólo a costas de ese cuádruple precio había obtenido el don de hacer perdurar rica y lozana su obra, acaso en la que mejor se combinan los dos inseparables elementos: ideal y verdad, dos que acaso no sean sino uno.

Por este sendero de sol, polvareda luminosa de los molinos de viento de la fantasía, vamos a penetrar adelante sin otro itinerario que las etapas que hagamos, ya que a ninguno preciso se atuvo el Manco al referirnos las andanzas y malandanzas de su héroe. Nada ha cambiado del cielo donde el sol es el mismo y las mismas las estrellas, y trescientas primaveras y otros tantos inviernos sobre estas tierras no las han hecho sino reverdecer y secarse trescientas veces. Y la sombra luminosa del Caballero tan pronto de la Triste Figura, como de los Leones, como de Lepanto, sigue penando por ellas víctima de iguales o peores encantadores y enhechizada por el pensamiento de una dama, que ni él mismo supo definir si era un ser existente y mortal o uno inmortal, de invención y anhelo.

Hay un pasaje del libro,—en el cual pocos reparan, hasta el punto que a algunos cervantistas que se lo cité llegó a parecerles

equivocación mía, — en que, hacia mediados del capítulo XXXII de la segunda parte, la Duquesa pretende obtener de don Quijote una aclaración decisiva sobre este punto: "Si con todo eso, — dijo la Duquesa, — hemos de dar crédito a la historia que del señor don Quijote de pocos días a esta parte ha salido a la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto a la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió don Quijote: *Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.*

Contemplémosla nosotros con los clarividentes ojos del alma más que con los otros engañadores y engañados y asimismo abarquemos esos paisajes donde tuvieron o no tuvieron lugar, y estas no son cosas cuya averiguación convenga llevar a cabo, las mayores hazañas que paladín alguno ha conseguido ejecutar en el mundo y que siguen esclareciéndole, según términos del estudiante, "para confortarnos y servirnos de ejemplo".

CAPITULO III

EN UN LUGAR CUYO NOMBRE...

Yendo y viniendo de Andalucía a Castilla, divísanse desde el tren los molinos de viento de Criptana y sorprenden generalmente al viajero, quien no había creído existieran sino en la imaginación del Quijote o en su época, si acaso.

Y es que el turista inglés, suramericano o peninsular inclusive que hace en "sleeping" el recorrido desde una capital como Sevilla a una corte como Madrid, ignora, (y seguirá ignorándolo como no se apee en cualquier estación del tránsito y siente pie y eche arraigo en la entraña popular,) que España prosigue siendo, no un milagro de anacronismo sino de longevidad, y el espejo redivivo de ya cumplidos tiempos. De cuantas virtudes españolas son de admirar, ninguna como ésta de transmitirle al porvenir la imagen de lo que es el hoy y de lo que fué el pasado. Ardua misión que no podía recaer sino en una raza ejemplar.

Los modos cervantinos y hasta las mo-

das siguen en vigencia por lo menos en esta región, que vamos a cruzar, de la Mancha, y lo advertimos desde que nos deja el sud-express europeo, en Alcázar de San Juan, al encontrarnos en uno de los lugares cuyo nombre no quiso puntualizar Cervantes, a fin de que se cumpliera su profesía de que "habían de contender entre sí por ahijársele, como les advino a las siete ciudades de Grecia con Homero". En la parroquial de Alcázar, muéstrase el baptisterio de donde se le sacó de pila; y aunque lo hayamos visto ya en la de Alcalá de Henares, no dejamos de rendirle acatamiento, porque si no el autor, más de uno de los personajes del "Quijote" debió de recibir aquí el agua lustral.

¿Más de alguno de sus personajes? Estamos en la comarca donde uno a uno se averigua según su filiación, su identidad y se les empadrona. Porque el quijotesco manchego en vez de negar el retrato que se le hizo y renegarlo, reconócelo no sólo por veraz sino como genuino y se lo asimila hasta el extremo de desposeerlo de toda inventiva. A creer, Cervantes, no hizo sino codificar, por así decir, leyes vulgares; dejar constancia en el acta y levantarla, servir, en una palabra, de rapsoda, como Homero. Y esta identificación con las tradiciones mismas del pueblo, la "vox populi", acaso sea su mayor galardón. Porque si es cierto éticamente que el arte influye en la vida más que estéticamente la vida en el arte, si biológicamente la fun-

ción crea el órgano, de Cervantes acá ha habido tiempo de injertarle al manchego de Castilla y acaso al castellano de todas las Españas, modalidades verdaderamente cervantescas. Y he aquí cómo si el Quijote no existió, ahora sí persiste.

Vamos a hallarlo, por lo demás, disperso en los rasgos de muchos hombres cuyas manos estrecharemos y que, sin embargo, no saben dél sino que fué paisano suyo. ¡Ahí es nada! ¡Paisano de Don Quijote! El manchego no necesita haberlo leído para sabérselo de memoria. Lo lleva entre cuero y carne y en la sangre y en la médula, lo respira en el aire, lo pasea en su rocín, para el caso Rocinante. Y cuando no el Ingenioso Hidalgo, su escudero y su Rucio, o más bien hidalgo y servidor, ambos compenetrados uno con otro y uno en el otro, como acaso se muestren en la propia desconcertante novela. De las dos autoridades cervantistas locales, el boticario Don Carlos Gómez, que en la iglesia de Argamasilla nos muestra como retrato auténtico, "vera effigies" de Don Alonso Quijano, el del caballero Don Rodrigo de Pacheco, y el alcalde Don Jaime Pantoja, que en El Toboso nos enseña en un callejón sin salida los palacios y blasones de, como él dice, "Doña" Dulcinea y después en un arca sus sayas y arracadas, el uno tiene trazas de Quijote, con toda la astucia y la agudeza de Sancho Panza y el otro apariencias de Sancho con todo el ensueño y la fantasía de Don Quijote.

Una rivalidad retórica que suscité entre ambos al presentarles por primera vez uno al otro y que acaso más adelante relate, quédame en la memoria entre las más sabrosas contiendas del libro.

Libro que hácenos andar de cabeza por las nubes, si no por las ramas, sin aterrizar aún en esta Argamasilla de Alba hacia la cual nos lleva un tren mítico y fabuloso, absolutamente en carácter, especie de hipogrifo violento o clavileño infernal hecho de un vagón disminuído por un extremo y gratificado de un motor de explosión. Y todo esto corre desalado como alma que lleva el diablo, con gran estruendo por la vía, y a través el desolado llano de la Mancha, llévanos hasta ese lugar que por sabido se calla y de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes para mejor inmortalizarle.

Y ahora sí, no hay duda, entramos en los dominios reales de la imaginación, en el corazón de ese reino bíblico de la Raza, único que sobrevivirá acaso a los reinados temporales del mundo hispano, allende y aquende el mar. Toda esta es Insula Barataria para nuestro gobierno. Lo que fuimos a buscar a Tierra Santa, tornamos a hallarlo en esta otra de humilde pan llevar, Palestina de frugalidad y misericordia y Jerusalén de aleluya y pax. Nos sentimos como pocas veces Cristianos, porque como nunca Españoles.

Pero combinando lo útil con lo agradable, toca bajar las maletas y echarlas en brazos

del hostelero que nos aguarda y es aquel que albergó a Azorín cuando vino a escribir a Argamasilla su "Ruta del Quijote". Gabriel Aparicio, hijo de "Cavila" y por consecuencia "Cavilote" (como Quijote derívase de Quijano,) no tarda en aliviarse de su carga transmitiéndosela a un hombre mitad bobo mitad mozo de cuerda. La especialidad de "Cavilote", mientras hayan de durar nuestras relaciones, será delegar incansablemente en alguien todo aquello que le encomendemos y descansar siempre en otro. Y precedidos del cargador, que habla en voz alta y en su monólogo mezcla a la Virgen con Sánchez Guerra, entramos en la población remontando por una de sus márgenes el curso del Guadiana.

Ahí hubo arbolado, nos dicen, que cortaron para la canalización, como la Mancha entera ha sufrido el desmonte de aquellos bosquecillos que aparecen tan a menudo en el "Quijote". Los chaparrales y las choperas, los encinares y las alamedas, no subsisten sino en sus páginas y hoy el Caballero Andante y su Escudero no verían otras sombras que las suyas movibles — ética y achaparrada — en toda la extensión del yermo, y Rucio y Rocinante habían de padecer hambre y sed bajo este sol de justicia.

Porque el otoño prematuro es tardío verano, con un cielo que suspende la tierra como la barquilla de un globo. Uno parece asomarse al infinito por todas partes, tanto el es-

pacio aparece ilimitado en torno y sobrecoge vertiginosamente el azul con el otro mareo de las llanuras y de las alturas.

Y es insensible la gradación desde el campo abierto hasta el suburbio y del arrabal al poblado, porque las primeras viviendas son cuevas que no dejan asomar sino sus chimeneas a ras del suelo y luego como que van creciendo, pero sin interrumpir nunca el horizonte visual; los corrales, por ejemplo, pueden casi saltarse apoyando la mano en sus bardas y los portalones, invariablemente, son cuadrados, con una línea geométrica que deja ver el cielo, como puertas del campo.

Y ahora, insensiblemente, la población con sus únicos jardines y su templo vetusto. Una frescura de oasis en medio al páramo, de rumor de aguas y follajes, de cambiante y matiz; el tenue resplandor del enjalbegado y la refracción amortiguada de los cristales esmerilados por un polvo que espolvorea también las tejas hasta hacerlas parecer escarchadas. Y amplios corrales con olor de uva soleada en esta estación de vendimias, con tinajas tumbadas de medio lado y tartanas desenganchadas, con cortinas de dril blanco a rayas azules, y aves de corral que cloquean y picorean en la penumbra.

La hostería está en plena plaza y sirve de café al pueblo. Mi habitación es también la que tuvo hace unos veinte años Azorín, del cual Gabriel, alias "Cavilote", hace remembranzas tan interesantes como inesperadas.

Llegó, parece, un mediodía, con unos viajantes catalanes que ya en la diligencia lo miraban entre ojos, porque mientras ellos habíanse presentado unos a otros por sus nombres y con los de las firmas comerciales que correteaban, él, Azorín, rasurado en aquellos años en que sólo se lo permitían eclesiásticos o toreros, callaba su condición y el objeto de aquella insólita excursión fuera de todo camino conocido y trillado.

En la mesa se le instaló de espaldas al espejo a fin de poder sorprender si tenía o no tonsura. Y cuando por la tarde se halló su habitación sembrada de papeles, llamóse para descifrarlos al erudito del pueblo, que era a la sazón un tal doctor Pereira. Pero sugestionado por todos, el médico, que entendía, sin embargo, de gabacho y otros latines, al tratar de leer lo que había escrito el incógnito en muy limpio romance, por cierto, declaró no entender jota, con lo cual subió la inquietud y ansiedad de todos hasta el punto que esa velada decidieron hacerla los comisionistas en la cocina, por miedo a recogerse bajo techo con aquel sospechoso desconocido... Sólo los días subsiguientes, cuando de Madrid vinieron periódicos y en ellos los primeros artículos de Azorín sobre Argamasilla, los bravos argamasilleros cayeron en la cuenta de quién tenían entre ellos y entonces fué su turno de enmudecer ante él y evitar siguiera transcribiendo indiscretamente sus inocentes coloquios y cabildeos. Hoy aun, Ga-

briel Aparicio, de remoquete "Cavilote", recordaba la pasada que les jugó el autor de "La Ruta" poniéndolos en solfa a todos.

Pero ahora Aparicio, que al fin y al cabo es Gabriel y ventero, es decir doblemente arcángel y que por añadidura es manchego, es decir en cierto modo aquijotado, cree tener en pequeño un nuevo Príncipe de los Ingenios para su gasto y beneficio domésticos, y, siguiendo el consejo de no sé qué indiano que había hecho exprofeso el peregrinaje desde América hasta Argamasilla de Alba, y no por el solar de Quijano el Bueno, sino por el parador del buen Azorín, ha decidido no mover ni un clavo de la estancia destartalada que lo hospedara y donde la única confortable innovación es, sobre la cómoda, una ametralladora "Flit" destinada a extirpar ciertas plagas nocturnas que los portugueses denominan anfibológicamente "panteiras d'alcova".

Y yo me acosté beatíficamente en el lecho azorinesco y crujidor y al dormirme pensé era suerte no haber heredado también ni sus chinches, ni sus malas pulgas...

CAPITULO IV

LA FIGURA DEL CABALLERO TRISTE

El donoso y grande escrutinio que el médico de Argamasilla y los comisionistas catalanes hicieron, veinte años há, en los papeles de Azorín, aposentado entonces en la fonda de "Cavilote", donde estoy ahora, recuerda por varios motivos algún capítulo del "Ingenioso Hidalgo". Pero yo no invento nada y no es culpa sino suerte mía si estos días del vigésimo siglo corren paralelos a los del décimosexto o séptimo, en esta estación de la Mancha.

Hoy nos hemos levantado con el Sol y con la curiosidad de recorrerla y la impaciencia de ver en su iglesia mayor y única, ese retrato de un tal Don Rodrigo de Pacheco, pintado en mil y seiscientos, por un don nadie, pero que la tradición argamasillesca considera como la vera efigie de Alonso Quijano, por sus convecinos llamado el Bueno.

La farmacia de nuestro amigo Gómez, tiene, desde la época en que vino Azorín, una rebotica cuyas tertulias constituyen para los

contertulios verdaderas sesiones de Junta del Diccionario, y mantiene una puerta vidriera con vistas a todos los puntos cardinales del lugar, que es prisma y calidoscopio, pues mal podría substraerse nada al acecho de los ojos apostados tras ella y que para el caso son los de Argos, ya que este flamante Licenciado Vidriera, cuenta, amén de los suyos, con los de sus siete hijas.

Y adivinamos que uno o dos pares de ellos, espían despectivamente esta nuestra mañanera escapada a la tutela académica y la juzgan como una de las tantas inconsecuencias de que adolecemos los artistas: ¡aventurarnos, librados a nuestras propias fuerzas, por los piélagos procelosos de la historia de Argamasilla, pudiendo haber tenido como piloto al académico de sus académicos! ¡un desenfado que pronto se ha de cobrar tan caro como una imprudencia!

En efecto, la Casa del Señor, no se abre sino en su día, es decir, los festivos, y para forzar esta consigna hemos de recurrir a nuestros altos valedores, los cuales, sea dicho en su honor, no nos imponen por toda penitencia sino su magnanimidad. Y nos doblegamos de una vez para siempre, si con el mundo queremos vivir.

La iglesia, como todas las de su siglo, que era el XVI, tiene forma de cruz latina; pero habiendo quedado inconclusa, resulta, conforme a la típica geometría manchega, cuadrada, o sea griega. Una gran fábrica, de to-

das suertes, con un campanario convertido en palomar, pero con un reloj cuya esfera ilumina como una luna llena la plaza, y que da los cuartos...

Dentro del santuario reina la obscuridad con su cortejo de humedades, mohos y telarañas, y un monaguillo jadeante todavía de haber jugado a la pelota junto al porche, enciende una torcida en el lampadario y con ella una bujía, para poder mostrarnos el retablo.

Y he aquí que surge de la sombra viniendo de abajo como la luz, la forma escuálida de un hidalgo. Poco a poco distinguimos sus facciones, sus manos juntas en oración, su gola, su enlutada ropilla, y la parte baja de los gregüescos, las calzas y los zapatos con hebilla, porque postrado está ante algo que aun no sale de la penumbra y que sólo alzando la vela a todo cuanto alarga el brazo, vemos es la imagen de la Patrona de Esquivias. Apenas si la advertimos y tornamos a enfocar las facciones de esa que dan algunos por efigie de Don Quijote.

Sea quien sea y sea de quien sea la figura de este triste caballero, coterráneo fué y coetáneo del Caballero de la Triste Figura, porque tiene todo el sello de esa época que se conoce en la pintura española con el nombre de estilo del Greco. Ese pintor, convengamos en ello, es tan original por su modus o modalidad, como por sus modelos. Y este tipo de la provincia de Ciudad Real, limítrofe con

Toledo donde los escogiera su pincel, parece escapado del "Enterramiento del Conde de Orgaz", bien que Domenico Theotocupuli y Miguel de Cervantes debieron de asemejársele.

Es como una lámpara este rostro esmaciado; una de esas que ciertos cultos primitivos vaciaban en un cráneo. Todo cuanto sea externo se desmaterializa para no producir sino la impresión incorpórea del espíritu y su irradiación o aura. Ese hombre soñó aventuras, si no las realizó como *el otro*. ¿Y quién nos dice que también el verdadero Quijote, caso que lo hubo, no hiciera sino concebirlas y que quien narrándolas las llevó a cabo no fué Cervantes? Por algo la sabiduría popular los confunde a entrambos.

El caballero ora y adora, pero transportado y en éxtasis, es decir, en estado de gracia celestial, lo cual en el plano terrestre viene a equivaler al quijotismo. Todos los pueblos, a la vez reverencian y befan aquel grado donde la locura toca la cordura y confina a través las engañosas apariencias, con el conocimiento oculto de todo. Todos sabemos que apóstoles y héroes coinciden en el renunciamiento o desprendimiento y en el arrobamiento. ¡Qué mucho, pues, que este lienzo nos atraiga como el paño de la Verónica!

Porque en sus rasgos parecen haberse enjugado lágrimas candentes de sal y de sangre, tanto hanse desposeído de pasiones. Sólo los anima una pasión y una gran compa-

sión también. Y ya sabemos que no se satisfacen esa Compasión y aquella Pasión, sino con la Muerte.

Deletreemos las inscripciones de este cuadro, ofrendado como exvoto, y sepamos "Apareció Nuestra Señora a este caballero, estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, en víspera de San Mateo año MDC. Y encomendándose a ésta y prometiéndole una lámpara de plata, llamándola de día y de noche de gran dolor que tenía en el celebro de una gran frialdad que se le cuajó dentro".

Esta leyenda es auténtica, aunque parezca copiada del "Quijote", al cual si acaso inspiró. ¿Qué cosas había hecho en este mundo Don Rodrigo de Pacheco, además de "llamar de día y de noche" a Ntra. Sra. de Esquivias, patria, entre paréntesis, de Doña Catalina de Palacios y Salazar, mujer de Cervantes? Repitamos que la "Vida y Hechos del Ingenioso Hidalgo D. Q. de la M." pueden ser los anales de la vida y hechos que no hizo sino soñar este D. Rodrigo de Pacheco.

Sus ojos como húmedos, delatan ese gran dolor "que se le cuajó en el celebro" y que no venía a ser sino el enfriamiento de la mucha lava de un volcán interno. Este anónimo y desconocido, aunque se sepa quién fué y su nombre, simboliza mejor que nadie ni nada, toda una centuria de contemplación y arrebato místico, cuando Teresa de Cepeda, Teresa de Jesús, después, escribía en colabora-

ción con un hermano suyo libros de caballería, y cuando Don Quijote, regresando por vez postrera a su lugar y oyendo que uno de dos muchachos que reñían le decía al otro: "No te canses, porque no la has de ver en tu vida", colijo tratábase para él de Dulcinea y planeó hacerse pastor y quien dice pastor, ermitaño, y "ejercitarse en la soledad de los campos en el virtuoso ejercicio". Un siglo extraordinario que forzosamente había de plasmar en obras como aquel "Enterramiento del Conde de Orgaz" o esta "Vida y Hechos del Ingenioso Hidalgo D. Q. de la M.". Un ciclo solar cuyo ocaso arrebola todavía nuestras lontananzas.

Saliendo del templo esta misma mañana, dirijimos nuestros pasos hacia la Casa de Medrano, donde subsiste el subterráneo en que — siempre conforme a la tradición argamasillera — escribió el Manco los primeros capítulos de su última obra. Una alquería blanca a cuyo patio de labor desemboca la escalera del sótano, convertido en depósito de herramientas. Siete peldaños, y el ámbito donde acaso, acaso, se concibiera y pariera en parte, aquella verdadera Leyenda de los Siglos, junto a un tragaluz que la tomaba de la calle y que hoy aparece cegado.

Pero, dominando el conjunto desde arriba, puede uno fácilmente imaginarse en su semiclaridad, a un hombre ya encanecido que, conforme escribe, ríe al punto de alarmar al centinela. Tímidamente uno trata de intentar

a su vez una risotada, para saber la repercusión que aquí puede obtener. Y su eco se dilata en ondas por el espacio y el tiempo hasta el infinito y la eternidad, porque la carcajada de esta cueva es la más humana queja que jamás alguien haya proferido nunca.

Un labriego, que también se parece a Sancho y es el aperador del cortijo, nos indica, porque así se lo indicaron su abuelo y su padre, el sitio donde montáronse en 1863 las máquinas impresoras a fin de tirar las dos ediciones del "Quijote" llamadas "de Argamasilla de Alba". Por entonces el edificio no se había incendiado y se conservaba tal cual lo vieran los ojos socarrones y cansados de Miguel de Cervantes Saavedra. Hoy hasta el postigo de la cueva ha desaparecido arrancado astilla a astilla por los visitantes, y en cuanto al madero del cepo al cual estuviera preso el escritor, una desaprensiva comadre hízolo leña para hacer arrope.

Había sido como la cruz del autor del "Ingenioso Hidalgo". Algunos niños se refocilaron con fruición de aquel arrope. Muchos hombres se regocijaron y seguirán deleitándose con el libro...

CAPITULO V

SOBREMESA DE BURLAS Y DE VERAS CON EL LICENCIADO Y EL BACHILLER

Y aconteció que ese día del Pilar celebróse en España, amén de la Fiesta de la Raza, la de la Paz con el moro, lo cual viene a ser algo así como el advenimiento del invierno en el infierno.

En Argamasilla de Alba las campanas festejaban campañas y alegraban campiñas, de donde afluían al pueblo labradores que fueron soldados y, al efecto, habían endosado mal que bien sus uniformes y condecoraciones. A algunos les venían holgados, a los más estrechos, y en las cabezotas las gorrillas de cuartel parecían tocados a la baturra, o a la manchega, que por aquí también llevan los hombres el pañuelo a la cabeza y de peculiar manera.

En la obscura iglesia la ceremonia se desarrollaba junto al catafalco que de antiguo debe de servir para responsorios. Porque primero se entonó un Miserere por cuantos no

habían vuelto de tierras gentílicas y después un Tedéum en loor de los sobre y super vivientes. Un efluvio oriental parecía flotar con el incienso, y las notas del órgano recorrían con escalofrío de terciana las espaldas de estos coloniales.

Entre los cuales mostrábase al eterno excautivo del Rif, ostentando en el pecho la medalla, que esa sí debía ser cruz, de los sufrimientos por la patria. Hace tres siglos, acaso ocupó su puesto en esta misma nave otro rescatado de las galeras de Argel.

La aristocracia, que hemos venido conociendo, del lugar, ha dignado congregarse para la ceremonia y, muy cerca del retablo del Caballero Triste está una descendiente más o menos directa suya, es decir, una sobrina de la Sobrina de D. Quijote, algo menos antigua y pintada que la figura del retrato, pero engreída como conviene y con su odio de casta contra todos los que profesamos la muy descastada de escribir. La acompaña como ama o dama de honor la hija de un académico y no de la Argamasilla sino de la Lengua; pero no es una paradoja, pues ya se sabe que son los académicos y los críticos la negación de la literatura.

Y junto al Licenciado en Farmacia, hállase también el imprescindible Bachiller, recién salido y vuelto de Salamanca, y es para el caso un hijo de aquel médico Pereira que intentara, con fortuna tan rara, hace cuatro lustros, el donoso escrutinio de los borradores

de Azorín. Usa, pese a sus cortos años y por sus cortas luces, los quevedos de concha, tan modernistas como arcaicos, de Sansón Carrasco, y doctoralmente nos receta su visita para esta misma tarde.

La ceremonia va a concluir. Hemos considerado con curiosidad al oficiante, acordándonos de aquel inmortal Cura-Curiambro del libro argamasillesco; pero alguien atrae nuestra atención sobre su lugarteniente, que también es hijo y muy obscuro del lugar; empero, habiendo sabido heredarle a una de sus confesadas o penitentes y acabarla a tiempo, hételo convertido en uno de sus mayores viñaderos y vinateros, aunque el vino que se consume en la misa, no sea de su cosecha, puesto que su tacañería le lleva a no propinar sino agua hasta a los apisonadores de su uva. Es un jayán cenceño y cejijunto, con toda la pinta de los sayones y malandrines que vapulearon a N. S. Nazareno o Manchego, y el cirio que lleva conviértese en su diestra en una estaca.

¡Con qué fruición evocamos, (¿verdad amiga Paulina y Hermann Paul amigo?,) nuestras sobremesas al rústico mantel de "Cavilote", con su pan y su vino dorados y su ventana abierta a las abejas del otoño, a las saturaciones por emanación de la vendimia y la asediadora somnolencia de la siesta! Era un alto en la vida y una tregua en sus afanes, aquella parada y fonda en aquel parador. ¡Gracias le sean dadas al cielo por haber es-

trechado nuestra amistad entre tamañas memorias!

Entre las cuales campean las visitas con que solía gratificarnos el vecindario, particularmente nuestro Licenciado en Farmacia y, ese señalado 12 de Octubre, aniversario del Descubrimiento de América, el Bachiller Carrasco en persona, quiero decir Pereira (él lo escribe con y,) quien abandonando el aturdimiento del Casino, donde se celebraba el ágape conmemorativo, vino a hacernos comedida compaña y a referirnos a grandes rasgos los azares de su existencia tan breve como peliaguda y fuliginosa.

Era y es, tal como se le describe en otro libro, del cual no es éste sino pálido conato de reflejo, "no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires", como lo demostró, en viendo a Hermann Paul, poniéndose delante dél casi de rodillas y leyéndole una oda laudatoria, que le entregó después y que yo copié y que transcribo:

"Has venido de Francia que es la Meca del arte,
Quizá a estudiar costumbres o quizá saturarte
De las viejas leyendas de este viejo solar.

Yo quisiera advertirte, por si sirviese de algo,
Que no verás "Quijotes", ni rocines, ni galgos,
Como esos que Cervantes acertó a dibujar.

Verás la gran llanura con su sol calcinante,
Ese sol que a la estepa da un color tan brillante
Que parece imposible que se pueda copiar".

Como tampoco es posible, casi por razones de política en tiempos de dictadura, copiar los versos que se siguen hasta llegar al último:

"Verás grandes bellezas, emotivas siluetas...
Yo también he soñado con mi alma de poeta.
¡Qué desengaño luego, cuando fuí a despertar!"

No siendo menor el mío de no poder dejar constancia en qué forma los verdaderos manchegos, sin que les vaya ni les venga, siguen y prosiguen metiéndose en libros de caballería.

Pero, perdonándome su estro poético, un tanto forzado, como el de Cervantes, lo más espontáneo en el Bachiller Angel Pereyra, (con y,) para mí Sansón Carrasco redivivo, eran sus arrestos y aprestos aventureros. Y no soy más prolijo, por no extremar parodias un sí es no es sacrílegas. Muy niño habíase escapado de su hogar y lugar, para correr tierras, según él hasta Cabo de Hornos; y ahora, por el de Buena Esperanza, pretendía dar la vuelta al mundo en bicicleta, bien que le hubieran recogido no há mucho casi en una espuerta, del encontronazo que se dió contra un automóvil, no salvando como trofeo de tan desigual colisión, sino la rueda delantera de su máquina, torcida y abollada como la propia adarga del convecino Quijano.

Y si los Libros de Caballería sacaron de su quicio y de su juicio a éste, su Novela Ejemplar debe a su vez de haber ligeramente desviado el buen criterio del Bachiller Angel

Pereyra, pues no de otro modo se explica, en esta moderna edad nuestra, que echándose con su escuálido Rocinante de acero contra un Ford desenfrenado y arrollador, diese con sus huesos en la misma tierra madre y madrastra y con ello la réplica a aquella aventura que Cervantes llama "espantable y jamás imaginada de los molinos de viento". La rueda hecha rodela y churro, encaja perfectamente en tales circunstancias.

Como en las del Boticario el "enfrascarse" en discretos coloquios y altercaciones a propósito de lo divino y lo humano, lo cual en este caso viene a ser todo uno tratándose de "Don Quijote" caballero a lo humano y lo divino (con el Patrono de las Españas y el de Cataluña) de la caballería celestial española. Y téngase por providenciales coincidencias el que Cervantes cerrara los ojos a la noche cerrada del otro mundo, precisamente un 23 de abril, festividad de San Jorge, y que en ella los abriera al nuevo día de este mundo, el más indigno de los cervantistas, es decir, yo. ¿Una estrella sola preside los más varios destinos? ¡Sea como quiera, no hago sino consignar mi horóscopo!

El Licenciado se sabe de memoria tiradas del "Quijote". Pero como un autor francés que lo anotara últimamente con felices hallazgos en nuestros archivos, y sin soñar siquiera en llegarse por la Mancha, es decir, hasta la cosa viva, él ha retenido mucho más la letra que el espíritu del libro, y lo prueba

negándose rotundamente a admitir siquiera la posibilidad de que el Ingenioso Hidalgo ponga en duda — como la pone — la existencia real y corpórea de su Dulcinea. Y no sabiendo yo traer a cuento y sazón las páginas de que estoy al tanto, me resigno a pasar por indocumentado o por insolvente, hasta mejor oportunidad. Porque ser artista inhabilita — entre sesudas gentes — aun para juzgar del arte.

No concede, pues, mayor reparo nuestro Licenciado, a cuanto podamos aducirle sobre las propiedades de esa obra de casi propiedad suya, que el que otorga a las peripecias de los periplos elucubrados por el Bachiller; y sin embargo, y pese a su socarronería sanchopancesca, bajo sus aires aquijotados, siéntese atraído, como sedentario, por estas imaginaciones de libres viajes, y como rutinario, por aquellas otras de libres juicios y hállase propenso a admirar ¡el muy quijotesco!, las maneras de ser, más o menos desorbitadas, de Angel Pereyra y nuestras.

Lo cual discretamente elude despidiéndose de nosotros, con el pretexto de echar un vistazo al banquete servido a los soldaditos de Africa por las señoritas de la localidad, entre las cuales sus hijas; que, como él dice en romance de época:

Nunca fuera, caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Juan Soldado

Cuando de la guerra vino:
Doncellas cuidaban dél,
Princesas de echarle vino.

Habiéndonos dejado también tras mil finezas el Bachiller, vamos nosotros mismos a atisbar la sala de fiestas marroquíes decorada con motivos del "Quijote" y percibimos en el escenario a las susodichas damas, doncellas y princesas, ya descansadas de sus menesteres, pero aguardando inútilmente, ¡y son las cuatro y media de la tarde!, que a su turno las sirva el camándulas de "Cavilote".

Entonces, volviendo sobre nuestros pasos Hermann Paul y yo, le activamos en la única forma dable, es decir, secundándole. Y, servilleta al hombro, andamos y desandamos la plaza con sendas bandejas llenas de platos ya servidos, que repartirá Paulina en la mesa. Acógenos una ovación famélica; el Licenciado, puesto al piano, nos saluda con la Marsellesa. Y líbreme Dios de comunicarle nunca a mis amigos franceses mi vehemente sospecha de que su himno constituye todo el repertorio musical de Don Carlos Gómez y que aunque ellos hubieran sido cochinchinos, él no habría sabido honrarles de otra guisa.

Después de esta jornada popular, la velada torna a convocar al pueblo en la plaza del mercado, donde una "troupe", como se anuncia, de titiriteros, hace las delicias de los niños y nuestras. Al aire libre y a la luz de los hachones de viento, se desarrollan en peque-

ño y en ese redondel formado por el público, las mismas pantomimas que en los circos grandes. Pero indudablemente el número de clarobscuro goyesco es una danza con vejigas y en zancos, y el de resistencia aquel en el cual se corren suertes o cañas entre los mismos circunstantes. Una lidia se ha improvisado con un torete de cabeza de cartón animada por un cabezudo, y los "espontáneos" ruedan el anillo como en los mejores cosos y acosos. Cierta suntuosa toalla adamascada, y ganas me dan de llamarla damasquinada, según era de recio su labrado, es sacada a sorteo a beneficio de los "artistas". Y concluyen entonándonos a coro una canción contra las suegras, subrayada de expresivas muecas.

Mañana saldremos de Argamasilla de Alba y no querríamos hacerlo de no ser para seguir viendo la Mancha. De todas formas, este lugar cuyo nombre "alguien" quiso olvidar, acumula por *El,* siglo tras siglo, uno de esos encantos que hacen se les deje con trabajo, se les recuerde con gratitud, y sobre todo, se desee volver, aunque sea en sueños como cuando los imaginábamos antes de conocerlos.

INTERMEDIO

TOMELLOSO

CAPITULO VI

UVAS Y QUESO

Los de Bover, — nombre de novela francesa, — son una pareja en que él, escéptico como buen andaluz sobre las bellezas de la Mancha, concilia su vida rural de hacendado con la de Corte, y ella mantiene incólumes todos los prestigios de la rancia hidalguía manchega.

Su tartana va a movilizarnos, transformada en inaudita forma por nuestro pintor, quien, olvidándose de que estos polvos traen aquestos lodos, procedió a su decoración, como si fuera a rodar por carreteras versallescas, y ha pintado en cada caída del toldo una especie de lumbrera, con un cielo azul muy de aquí, sobre el cual se destacan, a un lado un racimo de uvas rosadas entre pámpanos verdes, y al otro, un molino blanco.

Pero siendo apremio de vendimias, excepcionalmente abundantes, los señores no pueden distraer para su servicio, ni aun para el de sus amigos, — preferencia que ellos mismos establecen, — ninguna caballería, como no podría prestarse seras o tinajas. Y es en

todos los términos del pueblo la requisición oficial para obtener cualquiera bestia de tiro y el oficioso requerimiento del Boticario, que nos acompañará en la segunda parte de nuestro viaje, (trayendo en previsión de descalabros provisión del Bálsamo de Fierabrás,) y de "Cavilote" que, en la tercera, ha de ser nuestro guía.

El tartanero, — un tal Paco, al cual Dios confunda, — acude puntualmente a traernos diarias noticias, tan pronto de la mula preñada del tío "Gachas" como del mulo reumático de la tía "Bacín"; pero la mañana fijada para partir, se opera la metempsicosis o metamorfosis decisiva y el vehículo aparece conducido por un hermano asno, con el cual vamos a intentar, salvando todas las salvedades, nuestra Huída a Egipto y Primera Salida por la Mancha.

Vamos hacia Tomelloso, (de tomillar, o sitio poblado de tomillos,) pueblo más nuevo que Argamasilla, que ya se llama por otro nombre Pueblo Nuevo y es, sin embargo, de siglos, porque acá, en el viejo continente, se tiene una concepción casi geológica de las edades. Hacia Tomelloso, célebre en la comarca por su excelencia en los tres productos más próvidos al hombre, dos de los cuales han sido hechos símbolo por el Cristianismo, de nuestra carne y nuestra sangre. Tomelloso del pan y el vino de la Mancha; Tomelloso del queso manchego.

Y si no fuera precisamente ahí donde se

fabricaban mejor queso y vino y se cosechaba más trigo, que no me lo impugnen ya que no pretendo levantar censos estadísticos agrícolas, sino hacer síntesis de arte. ¿No es cierto que haya aquí mucha uva y muchísimos cereales y que hay mucho queso? Pues permítaseme cifrar mis impresiones y rendir en este punto pleito homenaje a las actividades esotéricas de la trinidad bucólica, sin privarme tampoco de hacer notar que los antiguos, siempre sabios y más que sabios cuerdos, denominaban con una misma palabra el género de vida campestre o pastoril y de poesía que lo celebraba, y todo cuanto se refería a vituallas de comestibles o líquidos. Y así entiendo yo también las bucólicas.

Suele recordarse muy justicieramente que no se ha comprendido el país donde no se ha amado; pero se omite que no se ha amado el país donde no se ha comido y bebido. La tierra la conocemos por sus frutos, en los cuales se nos entrega. Y entonces se verifica en nosotros el verdadero milagro de transfusión y transubstanciación: *Hoc enim corpus meum, hic est enim sanguis meus.* ¿Hasta qué punto la simple virtud de las aguas influye en la formación del físico y por lo tanto de la moral de una república? Unamuno cree de este órden el problema de las Hurdes, y siendo como soy un consumidor de agua muy sobrio, puedo decir, sin embargo, que precisamente lo que caracteriza a los argamasilleros y los distingue del resto de los

manchegos, debido es a la cantidad y calidad de la suya y a los varios recursos de regadío con que cuenta Argamasilla, donde no dudo, por esta sola razón, se engendró y parió el "Quijote", tanto más jugoso de esencia y potencia, cuanto más enjuto, seco y árido de presencia.

Alimentarse durante años de los dones de una región, es en cierto modo asimilársela y por eso uno insensiblemente acaba por aclimatar y connaturalizar con ella. ¡Química y biología no estudiadas aún analíticamente estas de la savia y la fibra que nos inocula e injerta a pesar nuestro, todo suelo donde arraiguemos más o menos tiempo!

Así, pues, Tomelloso presenta, sobre todo en este apogeo de actividad vinícola, un aspecto casi bíblico, en fuerza de ser actual. Y es que sus faenas son las mismas de cualquier siglo y las mismas las gentes y las cosas. Ni siquiera desentonan nuestra tartana, nuestras boinas y chaquetas de pana, la capa parda, el bastón y las alforjas: esclavina, bordón y zurrón de los peregrinos de doquiera y siempre.

Por todas las calles viniendo de todos los caminos convergen y paran en la plaza los carros, aunque sea unos momentos. Y es que ese mercado popular donde se hierra o trasquila al aire libre, se rasura, se juega a las cartas, se hacen transacciones y contratas, se bebe, se canta y baila, conserva un algo del ágora y el foro, con un mucho del bazar y el zoco. El albéitar y el mariscal tienen allí su

banco bajo la tienda del cielo. Y las comadres acuden a ese mentidero "a por" la comida y la comidilla del día y de la estación.

Una plaza característica, a fe mía, en cuyo fértil rebullir se presiente la presencia circundante de las soledades y los yermos. La iglesia la cierra por un costado, los baratillos en soportales y el casino por otro, y por el otro una casa solariega, con escudos de armas en piedra, quedando el cuarto lado abierto sobre la perspectiva de las bodegas y los silos, del arrabal y el descampado. Una decoración como no sabrían montarla en los teatros, donde se siente ha de consumirse por fuerza la mitad de las humildes existencias lugareñas. El estrado en la vivienda de esa tribu que viene a ser un pueblo.

Y cierta sensación, repito, de que uno está alejado de no se sabe dónde, perdido en el corazón de no se sabe qué. Distantes etapas de la Tierra no causan ni con mucho esta impresión de exilio, tan próximos como estamos, sin embargo, de otras ciudades y de la capital inclusive. Y es que es como un islote perdido en el mar, un oasis en el desierto, y Tomelloso no significa otra cosa entre las llanuras manchegas. En él estamos a trescientos años y a trescientas mil leguas de todo.

Pero hay, insisto también, cosas invariables e inmemoriales, y si la simiente de oro ya ha sido ahechada en las cribas o trillada en las eras, y atesorada en trojes y graneros, el otro grano de oro amontónase todavía en los laga-

res y a estas horas se hace maleable, para engrosar los caudales de la vida y de la muerte. Que, como el oro y la sangre, o purifica o mancha, o acrecienta o menoscaba. Vamos, pues, en devoción, a verlo elaborar. Asistamos, hasta cierto punto, al misterio de su transmutación. Y con los pueblos más civilizados, que forzosamente son los más antiguos, llamémosle llama que esclarece la inteligencia cuando no la perturba, fuego que vivifica cuando no quema, rescoldo al cual se desentumen los viejos para quienes es el vino leche cordial de su última infancia y hora, poder de evocación y de olvido. ¡Y bendito sea el Señor que plantó las viñas y el Patriarca que, dello con dello, exprimió por primera vez el sumo zumo! ¡Benditos y alabados!

Las bodegas son en Tomelloso peculiares, porque se las excava en la propia tierra sin temer desprendimientos y dejando como soporte a su bóveda la delgada capa que la separa de la superficie. Sólo en esos salitrales arcillosos o mejor dicho argamasillosos, tobosos, o de piedra toba, concíbense semejantes sillares. Inmensas naves sin más punto de apoyo que los muros, aireadas y secas por no sé qué condición especial del terreno, que acaso sea la misma que da a la uva todos sus quilates.

Pero en estos momentos álgidos no es dable aventurarse sin precauciones en las entrañas donde se verifica la que podríamos llamar combustión espontánea. Una especie

de grisú que mata las luces para advertir lo que haría con el débil soplo vital, posee como un demonio — el del alcohol — o un espíritu — el espíritu del vino — las catacumbas. "Están atufadas", dicen no sé por qué en voz baja los capataces retirando con presteza sus linternas empalidecidas. Y los imprudentes retroceden con un zumbido en los tímpanos, un cerco de gases asfixiantes en las sienes y con el paso trémulo de los mareos en tierra. Una enorme fuerza cautiva se cristaliza como en el crisol de una mina en esas cuevas de Alí-Babá pobladas por las sombras gigantescas de las cuarenta zafras del cuento.

Cuarenta o más tinajas, algunas conteniendo miles de litros; verdaderos pozos sin fondo de dulzura, cuyas aguas incesantemente hierven puestas a la lumbre incandescente de la fermentación. Es aquí donde mejor se comprende la gestación de la vida en el seno de la muerte y el dón que demuestran los hindos reuniéndolas a ambas en una sola matriz.

Y la impresión se acentúa cuando el catador nos admite en su sanctasantórum cerrado por anaquelerías atestadas de frascos y botellas cada uno con una fecha y un nombre. En transparentes probetas su alquimia efectúa esos trasiegos nigrománticos que vemos ejecutar en los laboratorios. Todo un órgano de delgados tubos de cristal, conteniendo un caldo de distinta coloración, combina su escala cromática, bajo sus dedos. Y tiemblan

ligeramente esos dedos, cual si el iniciado fuese también un poseído. El sabe, sin duda, que unas veces tiene asida y otras se le escapa, la imprehensible piedra filosofal, el filtro de la felicidad, que, por decantado que esté, siempre conserva, como inseparables residuos, algunas heces de dolor... Ancestrales influencias siderales pesan también sobre estas almas embotelladas, toda esa arcaica astrología que, bajo ciertos signos y lunas, *hace hincharse las cortezas, madurar las cosechas y crecer las barbas, fermentar las conchas y las pústulas, los flujos de sangre y las marzas altas, el mosto en las cubas, el germen en las matrices estériles y en los cadáveres la larva.*

Dejamos al taumaturgo, entre sus redomas y matraces, en su botica fantástica, y puesto que trae la noche la vuelta del trabajo, asistamos a la del de la vendimia, que aquí en la Mancha es espectacular por las vendimiadoras uniformadas igual a los vendimiadores, también como en las brigadas de mineros.

Las primeras carretas penetran en poblado entre dos luces con las de sus faroles encendidas. Y formas informes cantan a voz en grito canciones que acaso vengan transmitiéndose desde los tiempos báquicos. El mismo olor capitoso se desprende de los trajes de los obreros. Entonces distinguimos efectivamente a las bacantes, nada más que porque son más pequeñas, los cabellos reco-

gidos bajo el típico pañuelo puesto a la manchega, como turbante con las puntas sobre la nuca, las turgencias del pecho y el talle, disimuladas por la amplitud de sus calzones bombachos. Algunas se han adornado con pámpanas, algunos todavía desgranan racimos, y desde el áureo crepúsculo hasta el crepúsculo argénteo, todas y todos vienen como ebrios de promiscuidad, de penumbra y de música...

SEGUNDA JORNADA

EL TOBOSO.— CRIPTANA

Y

PUERTO LAPICE

CAPITULO VII

A LAS PUERTAS DEL TOBOSO

Pocos senderos, de los muchos de mi sino andariego, recuerdo haber recorrido con tanta impaciencia como el del Toboso. Acaso don Quijote la sintiera semejante al seguirlo por primera vez en su tercera salida; cuando él que había inventado de todas piezas su amor y que por ende creía en su existencia como nadie podía creer, llegábase para comprobarla. Ese milagro, que esperó, de ver hacerce carne el verbo, es lo que busco ahora. Y después de tres siglos que el último caballero andante forjó nuestra inextinguible ansia secreta y la bautizó por su verdadero nombre: Dulcinea, es decir, Quimera; después de mil y un siglo que los demás soñamos con Ella un sueño sin despertares, heme aquí a mi vez, con el corazón palpitante de ansiedad, cual si al imposible no le fuera dado hacerse posible sino en este único punto del universo.

¡La Dama! Abarco la senda que nos trae, hasta las lejanías y, desierta, la veo poblada

por innúmeros peregrinos. Ninguna advocación de santuario alguno, puede así atraer a tantas y tantas almas. No son seguramente todas las humanidades que pasaron por los tiempos las que invisibles están presentes aquí, mas de cierto, las mejores: aquellas que sintieron y sufrieron la por muy humana ya divina nostalgia, las que se alejaron de este mundo, como a nuestro turno nosotros nos iremos, disimulando en un bostezo el más hondo de los suspiros.

Yo podría distinguir, como don Quijote distinguió en los rebaños los ejércitos de paladines, podría nombrar casi a cada uno de los amartelados y amadores. Pero es ya suficiente que, creyéndome embajador de todos, venga en nombre de algunos, a rendirle tributo a la intangible deidad. Fuí uno de los que lucharon con su campeón y vencidos fueron por él, y perdonádome há la vida y la muerte, a condición de presentarme avasallado y contrito ante la inmarcesible dama de sus pensamientos, dechado de perfecciones y compendio en fin de cuanto puede anhelar nuestro pecho mortal y concebir nuestra inmortal fantasía.

¡Camino del Toboso! ¿Luego, existe? Entonces... ¿quién nos dice que también...? ¡Calma, alma mía! ¡Refrena impaciencias y reanima deliquios! Porque de hoy para siempre vas a verte ungida del amor de los amores. Rezumarás miel y sol, como un panal elaborado con flores en el verano, y quien a

ti se llegue, curado ha de quedar también de la incurable herida. Tu predestinación es mucho más singular todavía, pues consiste no en desencantar los ideales, sino en enhechizar eso que en su confusa lengua llaman los hombres Verdad.

¿Qué cosas, de cuantas rodean familiarmente la figura del Quijote, podían aparecérsenos como más características, a medio andar del Toboso? El maravilloso ordenador de todas puso y dispuso fueran un galgo y un molino.

Habíamos dejado atrás la villa de Pedro Muñoz, (cuyo incógnito nombre sabe Dios de quién provenga, pero de alguien, de todos modos, más afortunado que muchas majestades, puesto que dióselo a su lugar,) después de asomarnos a la parroquia y al mercado, y de admirar algunos santos mocarros y una cerámica primitiva y local, de fuentes como escudos y garrafones como alquitaras, y a poco andar dimos con una garganta en cuyos dos ribazos se erguían varios molinos. A decir verdad uno sólo quedaba en pie intacto y pertrechado de sus naturales alas y galas, pues los otros habían perdido, cuál, las aspas, cuál, la mitad de la torre, cuál, no exhibía sino un cimiento de ruinas. Nuestro acompañante el Licenciado, nos indicó pertenecía a "Ojo Azul", sobrenombre no de un piel roja, como pudiera suponerse, sino del ama del molino, y haciendo parar nuestra tartana descendimos della y trepamos a él,

no sin que nos saliera al paso el galgo albino hasta parecer blanco de harina, del molinero, verdadero galgo corredor, como vienen criándose antes y después del de don Quijote, en la Mancha, y que, con los molinos de viento, constituyen su más genuina expresión.

Aunque Holanda y otras landas sigan estando pobladas de artilugios descomunales para moler trigo con ayuda del aire, nunca me había yo llegado a ninguno sino a éste de la Mancha entre Argamasilla y El Toboso, es decir, en el riñón por excelencia ventomolinesco. Y si, interpretando las salidas del Ingenioso Hidalgo y olvidando lo de la ruta de Montiel, que topográficamente cae por opuesto lado, queremos creer con los toboseños, que también en sus primera y segunda escapadas vino por estas sendas hacia la venta que se halla más allá del Toboso, entonces serían estos los molinos de su propia batalla y aquesta la propia venta donde fué a rehacerse de descalabros y hacerse bizmar y encolar con el bálsamo de Fierabrás. De todas suertes ¡qué importa! Son disquisiciones bizantinas las de los comentaristas queriendo establecer y señalar un itinerario que, en fuerza de ser arbitrario en Cervantes, casi raya en antojadizo y en intencionalmente contradictorio.

Así, pues, hubimos de visitar en detalle el molino, ya que la galga corredora y enharinada habíalo alborotado con sus carreras y había interrumpido la molienda y hecho acu-

dir a nuestro encuentro al amo, a su vez de nombre "Ojo Azul", por haber esposado la así llamada ama. Era el tal molinero hombre de mucha monta en la región, pero de pocas palabras, y con un laconismo que a mí me pareció de marino, nos mostró aquel como velero al pairo, que tan bien simula también un molino de viento.

Y es oficio de mareante el saber tender las aspas de lona, — lona de buque, — del lado que sopla una brisa cuando otra amaina; y a la vez tiene algo de timonel y de torrero el avizorar por la mirilla. A veces se queda quieto, estancado el barco, quiero decir el molino, todo lo que dura una calma chicha; y debe de ser desesperante no remolinear, ni remoler, ni remover, en ese inmóvil piélago de estepas.

Rasa estepa, donde todo arbolado ha venido extirpándose y donde mal podríamos buscar aquella "floresta, encinar o selva", en que el Caballero se emboscó, mientras el Escudero iba y volvía de su recado al Toboso, y donde el muy ladino correveidile pasó a su vez la siesta, hasta tanto "vió acercarse tres labradoras sobre tres pollinos" y avisó al cuitado la venida en su busca de la dueña de su albedrío, con otras dos doncellas suyas "hechas un ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado; los cabellos sueltos por las espaldas, como otros tantos rayos de sol jugando con el viento, y a caballo sobre tres

hacaneas". El grito de júbilo del asendereado: "¡Santo Dios! no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas", no tiene igual sino en el de su desolación al hallarse ante eso que todos llamamos realidad y él sólo encantamiento: "¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér a mi señora. En efecto yo nací para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has también de advertir, Sancho, que no se contentaron esos traidores de haber vuelto y transformado mi Dulcinea, sino que la transformaron y volvieron en una figura tan baja como la de aquella aldeana y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y flores: porque te hago saber, Sancho, me dió uno de ajos crudos que me encalabrinó y atosigó el alma, cuando llegué a subirla sobre su hacanea, (según tú dices, que a mí me pareció borrica.)"

Bendigan los cielos y le den su parte de gloria animaluna al pollino, descendiente acaso de esa borrica, que nos llevó hasta aquella que Cervantes denomina, con razón desde entonces, "la gran ciudad del Toboso", aunque hasta entonces afamada no fue-

ra sino por sus tinajas. Y para valorar nuestra emoción al distinguir la torre de ese su templo, que a don Quijote le valió su simbólica frase, "con la iglesia hemos dado", adentre yo en la remembranza de mis andanzas, mientras "Artillero", tartana y tartanero, entre respingos, vuelcos y reniegos, salvan la corta distancia que aun nos separa de este para nosotros norte y guía, polo magnético en la tierra y estrella polar en el cielo.

Yo me he asomado a la ventanilla de un tren en marcha, para divisar esas refracciones como de aurora boreal con que al viajero se anuncia, en plena medianoche y desde lejos, la confusión babélica o mejor dicho "eiffélica" de ese faro y torre que es París.

Recorriendo a caballo la campaña pontino-romana asolada por la malaria y jalonada de ruinas, he visto surgir y destacarse sobre el Monte Mario, como una áurea custodia, la cúpula de San Pedro.

Descubierto y a pie — y hubiera debido hacerlo descalzo — he repechado la Acrópolis, con los ojos puestos en el Parthenón.

He despertado, siendo marino, en rada de Stambul y creído se continuaba mi sueño, tanto las aguas y el embarcadero del Cuerno de Oro, los caiques, los puentes de Gálata, los minaretes y los mil cristales de la Punta del Serrallo, cabrilleaban, refulgían, espejeaban y deslumbraban en esa escala de un amanecer de levante.

He cruzado con el autobús de un hotel cos-

mopolita, la Puerta Judiciaria, después de haber rodeado los bíblicos muros de aquella Jerusalem, cuyo nombre significa "Visión de Paz" y he echado pie a tierra para mejor seguir la vía crucis o Calle de Amargura, estación por estación.

A pie también heme inclinado sobre esas fronteras del vacío, que vienen a ser las lindes del Sahara y he reverenciado la Esfinge, punto de partida y meta de llegada para la caravana de las edades.

Finalmente, en pluvial navegación por el Ganges, que quiere decir ¡vé!-¡vé!, he acostado a los "ghats" de Benarés y visto tramontar al Súrya védico, entre la humareda de las piras crematorias.

Y sin embargo... Estos son siete entre los puertos o las puertas de la Tierra, pero ninguno es, como el Toboso, simplemente una de esas pequeñas creaciones de la mente humana, que casi lo hacen parecer un espejismo. De la mente humana un espejismo tan memorable y perdurable como todas las Capitales de Gobierno, Religión e Historia.

Y toda la corporeidad y toda la espiritualidad de la Beatriz real del Dante, la Laura del Petrarca, o la Gioconda de Leonardo de Vinci, no superan tampoco en realidad, a esa criatura de ficción y ensueño que, como Don Quijote se llama de la Mancha, llamada es Dulcinea del Toboso.

CAPITULO VIII

LOS PALACIOS DE DOÑA DULCINEA

Así yo acudía a la sola cita donde la Dama no se presentaría con el obligado cortejo de honor, de su pajecillo Melindres, su dueña Doña Decepción, su rodrigón o escudero Hastío.

Una charca salina, (a menos que fuera el río,) reflejaba en su empañado espejo ese espejismo de ciudad y servía para que algunos galopines metidos hasta las corvas en el agua se entresalpicaran con alegres chapoteos.

Después había una calle...

Yo no sé por qué lado entramos al Toboso, que nos recibió, la primera, esa calleja de otros tiempos, como ya no puede vérsela en otras partes, fascetada en dos por una piedra angular, como por una punta de diamante, con sus terrados enmohecidos y sus aceras blancas, formadas por lienzos de pared donde apenas si aparecía de trecho en trecho una puerta abovedada como una poterna, un ventanillo como una barbacana o una chimenea como una atalaya. Y con todo, ninguna im-

presión feudal, sino más bien algo de Oriente, por la línea y el tono; por las figuras, también, de hombres y mujeres, los pañuelos, los pañolones y las pañoletas.

Galgos, negros como topos o blancos como armiños y carretas cual nadie ha visto sino en esas pinturas murales donde representan la que condujo el cuerpo del Apóstol Santiago, con la yunta milagrera. Y por cima de seres y cosas un pabellón de cielo que es el mismo de toda la Mancha, pero que, de Argamasilla acá, parece haber tenido tiempo de madurar en color y luz y de afinar y afirmar sus transparencias.

Un arco macizo como de un puente, con blasones esculpidos en sus contrafuertes, nos hace desembocar a una plazoleta con el nombre de Cervantes. Frente la iglesia, su veleta en cruz, su campanario en cubo y su esfera tan anacrónica que parece de un reloj de sol; una torre de catedral flanqueando una excelsa ermita donde los villanos han de sentirse enaltecidos y apocados los ricoshombres, que por algo el Regio Cristo de la Humildad, es el patrón del Toboso.

Otra fábrica hemos de tropezar en nuestro callejeo digna de ser considerada como El Escorial manchego y es el Monasterio de Trinitarias fundado en los siglos herreriano y cervantino, por un D. Alejo o Alexo, (como Quijote era Quixote,) Morales, (hasta cierto punto,) quien, según la leyenda de la lápida, "eternizó sus caudales en él" y, según la de

la gente, por él substrajo del mundo aquellas de sus hijas que habíanlo invadido por los atrasmanos de la bastardía. ¡Vaya usted a saber! Lo que resulta indudable es que esa casa cuna y sepulcro de temporales devaneos y desposorios eternos, tiene sobriedad y majestad verdaderamente escurialenses.

El Licenciado y adalid de Argamasilla de Alba, sintiéndose en campo enemigo, había perdido no poco de sus arrestos, o acaso los recogiera para medirlos con el Paladín de Dulcinea, que hoy tiene por nombre Jaime Pantoja y es alcalde del Toboso. Para nuestro argamasillero, todo lo toboseño olía al pecado original de quimera en Don Quijote y fraude en Sancho. El de la Triste Figura hizo una princesa de una labradora; su escudero la retrotrajo por torcidos y menguados manejos a su condición prístina. Uno y otro eran de Argamasilla y sólo por ellos existe El Toboso. Cervantes no lo conoció siquiera, ni maldita la falta que le hizo.

Y, sin embargo, si en algún punto de la Mancha yo me he sentido en contacto con esas dos figuras las más representativas de la humanidad, no ha sido en Alcázar de San Juan, donde Dios sabe si fué o no bautizado su creador; ni en Argamasilla, donde también sólo Dios podría decirnos si estuvo o no estuvo preso y escribió o nó los primeros capítulos de su creación; ni tampoco en los molinos, las ventas, los batanes, las huertas, los campos, las lagunas, o los caminos, que lo

mismo pudieron ser estos que otros; sino aquí en El Toboso, donde: "medianoche era por filo" cuando entraron y viendo aquel bulto grande y sombra creyó el invicto enamorado debía de hacerla el Palacio de su Dulcinea; hasta que topó con él y dijo: —"Con la iglesia hemos dado". A lo cual Sancho replicó con su gramática parda, aludiendo seguramente al cementerio parroquial: "—Y plega a Dios no demos con nuestra sepultura". Estas frases fueron si no pronunciadas escritas. Y por primera, última y única vez, yo sé que estando en estas inmediaciones, en ésta particularmente, ubicado estoy en uno de los momentos de la obra, es decir, en uno de la eternidad. Aquí, o en la Cueva de Montesinos, senos ambos y regazo de lo más fabulosamente indudable de nuestra Biblia Castellana.

Habíamos buscado al alcalde en el Ayuntamiento; pero lo encontramos en su casa, a cuya entrada vimos amontonados los cereales para el pan cotidiano, como, para el celeste, habíamos de ver innumerables libros, en el despacho donde se nos recibió.

Rechoncho como Sancho, D. Jaime, pero con esos ojos manchegos, parecidos a los de los marinos, por la mirada vaga y como hecha para abarcar infinitas soledades. Desde que invocamos el nombre sacrosanto de Dulcinea, nos abrió sus brazos y su pecho. Para él, nacido y avecindado en la ciudad dulcinesca, pero rodeado probablemente de compatriotas escépticos, o convecinos sacrílegos,

se veía era una expansión, casi un premio, este peregrinaje que hacíamos nosotros, peregrinos de luengas tierras y de mares ignotos.

Contenía, empero, su desbordante entusiasmo, la presencia perturbadora de nuestro Licenciado, en el cual él adivinaba no un émulo sino un rival. Los dos debían de conocerse de antiguo de nombre, pues se saludaron con venias de duelistas demasiado corteses para ser sinceras. Y realmente era una quijotesca liza la que iba a librarse en ese despachito del Toboso, entre su campeón y el de Argamasilla, no siendo, pues, extraño que pasara la entrevista como la de Carlos XII de Suecia, (D. Carlos Gómez,) y Pedro el Grande de Rusia (Pantoja,) después de la batalla de Poltava.

No se dirigía sino a nosotros el alcalde, pero sin perder de vista a su adversario, al cual atisbaba con el rabillo del ojo. Y estábamos orgullosos del empaque de nuestro Licenciado, quien arrellanado en un butacón, mucho más que la posición belicosa de un contendor, adoptaba la displicente de un árbitro en una querella de honor.

—Esta carta, — decía sin mirarle Pantoja, — contiene el árbol genealógico de los Cervantes, originarios del Toboso y con cuya familia he entroncado por mi matrimonio. Véanlo ustedes y reprodúzcanla si describen su excursión. En esta carpeta está el testamento ológrafo de Don Esteban de Zarco, doctor de Bolonia y hermano de Doña Ana

Dulce, la sin par Dulcinea. Oigan ustedes cómo llega a tal o cual imagen de tal y tal cofradía "las haldas verdes recamadas de oro y las de tisú rosa con guarniciones de plata", y miren ahora en estos cartones las dichas faldas a que alude el documento rescatadas por mí de las iglesias. Y quien niegue lo que ve y tocar puede, confundido sea por su empecinamiento; que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

—Quien escucha, su mal oye, — advirtió en esto el Licenciado, sin muestras de alterarse. — También han de quedarnos a los argamasilleros algunas sayas de agüelas y a este tenor y por tal camino, desde ahora hemos de darlas como las de Melisendra, la Señora Duquesa, o la mismísima Princesa Micomicona. Item más, diremos que los Lanzarotes de Argamasilla, de los cuales uno es mi colega boticario, descienden en línea recta de Lanzarote del Lago.

—En cuanto a este tintero, — apuntó el alcalde, como si no hubiera oído la desabrida interrupción, — viene transmitiéndose en la familia de mi parienta, como de Don Miguel, y ha parado en mis manos y aquí está y aquí se queda porque:

"Tate, tate, folloncicos,
De ningún sea tocado,
Que este tintero, buen rey,
Para mí estaba guardado".

Y el Licenciado, haciendo caso omiso de cuanto acababa de decirse, dijo a su vez, dirigiéndosenos:

—Pueden llevarse, si quieren, otro igual que tengo tirado en mi huerta junto al río, después de habernos servido de mortero; pero les advierto ha de pesar sus buenas seis libras castellanas, mi tintero de Cervantes.

—Mis pesquisas y rebuscas han interesado a verdaderos cervantistas, — prosiguió Pantoja, recalcando con retintín las palabras, — y examinen ustedes la biblioteca que ha venido formándose con sus envíos. Volúmenes escandinavos, tomos franceses, mamotretos alemanes; hasta un códice de la Gran China, en papel de arroz; pero nada tan precioso, acaso, en su humildad, como el in-folio en que copiaron el "Quijote" los presos de Ocaña, escribiéndose cada uno un capítulo.

—Lo cual — intercaló Gómez, — me recuerda el memorial de indulto, que dirigieron al rey cuando el Centenario, invocando a aquel rescatador de cautivos que quiso ser el caballero andante y citando aquella su aventura con los que llevaban a galeras. Y me acuerdo también de la respuesta del ministro de entonces, completándoles la cita, con la paga que dieron los galeotes a su libertador, contra quien emprendiéronla a pedradas, porque quería mandarlos, precisamente al Toboso, para que, en montazgo, rindieran servicio a su Dulcinea.

La contienda era más que sabrosa, picante;

pero como en ella se nos fuera yendo el tiempo de que podíamos disponer, hubimos de interrumpirla, harto a pesar nuestro, para recordarle al paladín de Dulcinea, que habíamos de visitar sus palacios, antes que la noche nos impidiera, como a D. Quijote y a Sancho, hallarlos. También queríamos dar fe, penetrando en la iglesia, de la losa sepulcral y el epitafio, del susodicho Doctor Esteban de Zarco, casi hermano político, o cuñado en ciernes, o como se diga, del de la Triste Figura. Y, no sin haber divisado, si no ahechando trigo, por lo menos almacenándolo en costales, a la última descendiente de Cervantes, muy señora de Pantoja y nuestra, allí mismo nos despedimos hasta más tarde, del Licenciado, quien, so pretexto de no sé qué ineludible visita, se negó rotundamente a seguirnos los pasos y hacerse, aunque indirectamente, cómplice de los engaños en que tan voluntariamente íbamos incurriendo.

Y fué la iglesia, como debe ser, lo primero, donde a Gómez lo substituyó el cura, es decir, uno de los dos de la parroquia, venido de lejos, para enaltecerla, tanto como el otro, nacido en ella, la denigraba. Tiene los mismos ojos claros, tan inesperados en la Mancha, del retrato de D. Rodrigo de Pacheco, en Argamasilla, y con él visitamos la calle, o más bien el callejón de Mejía, donde se desarrollara, bajo no sé cuál ventana, no sé qué pendencia, entre no sé quién y Cervantes. Luego, la calle atravesada de la Dulcinea, que

también fué, hasta no hace mucho, un in pace, como para confirmar aquella discusión entre amo y criado, en que el tal, recuerda que la casa de su señora está en una travesía sin salida, y el cuál, le impugna pueda pensar que alcázares y palacios reales estén edificados en callejones: —"Señor, — respondió Sancho, — en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes".

El que vemos, grande es, aunque no llegue a palacio. El escudo, coincidiendo con el tan al por menor descrito también en el testamento del Doctor de Zarco, se conserva, pero no sé ya si incrustado en el muro o recostado contra él. Dentro no hay sino seras y banastas de uva y un galguillo nuevo, que ha de perseguirnos por encrucijadas y atajos y nos hubiera seguido por los demás vericuetos de la vida, si con nosotros lo lleváramos. Y Paulina Hermann-Paul, acaso olvide, como yo, la distribución de los desmantelados palacios de doña Dulcinea, pero seguramente recordará siempre aquel su galgo, a la vez heráldico y retozón.

¿Qué más, Dios mío? Otros blasones, (uno, de los Caballeros Sanjuanistas, con dos galgos en piedra,) otras portadas y otros patios con esa gracia de los de la Mancha, en nada parecida a los de Andalucía. Así el de la familia de Dulcinea, o el de la de Morales (el inmoral.) Los tinajones en los zaguanes, atestiguan estamos en su patria de origen

y fabricación. Argamasilla da vides para hacer mostos y El Toboso hace las tinajas que han de contenerlos. Argamasa, dijimos, y piedra toba, así se corresponden inseparablemente ambos lugares, en la epopeya quijotesca, pese a las diferencias atávicas entre santiaguistas y sanjuanistas. Y así el Licenciado Gómez, que ya anda, me creo, en el libro sobre la Mancha, de Azorín, y el alcalde Pantoja, que andará en éste mío, encarnan los más esclarecidos personajes cervantinos, y asumen ante las posteridades, la responsabilidad de su supervivencia.

Lo cual no es moco de pavo.

CAPITULO IX

LA VENTA DE MARITORNES Y OTROS NUEVOS COMENTARIOS

A corta distancia del Toboso, tanto que podría decirse en sus afueras, si afueras tuviesen estos pueblos recogidos en sí mismos, en sus aledaños, en fin, hállase una casa hoy de labor, o alquería, y antes venta, cuyos propietarios albaceteños, creen a pie juntillas poseer la mismísima del "Quijote".

¿Cuál de las ventas, los hostales, o mesones del "Quijote"? Como la fe salva, éste tan celosamente conservado, mientras desaparecieron los otros o fueron traídos a menos, viene a resumirlos. Y una vez que hayamos recorrido aposentos, cuadras y patios, y admirado una disposición interna tan de acuerdo con descripciones que de memoria nos sabíamos, imaginaremos a nuestra vez sin esfuerzo, que en él se desarrollaron cuantas proezas venteriles o ventorriles o ventorrilliles se nos relata en el libro, desde aquella memorable de la Vela de Armas, hasta esotra de los Cueros de Vino, y hasta la del Titiritero.

Conservado y acrecentado el edificio, en forma que, si estuviésemos en Italia, supondríamoslo dispuesto para atracción de forasteros. Pero aquí, en estos andurriales y quintos infiernos, por donde desgraciadamente no ha de pasar hoy por hoy sino uno que otro trajinante extraviado o algún tocado, como nosotros, de la gracia de locura, forzoso es creer que el hecho de adornar su fachada con azulejos representando escenas de la Venta del "Quijote", no obedece sino a loables designios o, mejor, a escuetas verdades. Y decidimos que el ventero o cortijero albaceteño, ha resuelto a su favor el pleito, al dar quijotescamente por sentado que aquí pasó lo que acaso no ocurriera en parte alguna fuera de la fantasía de Cervantes.

Ese estado de gracia de locura, que invocábamos, nos permite, pues, penetrar en el interior con la misma devota tranquilidad que lo hemos hecho en otros santuarios igualmente problemáticos del mundo, ya que sólo la tradición confirma las historias, o dicho de otro modo, la historia no hace sino sancionar tradiciones. El árbol de Buda en Gaya, la capilla de la Kaaba en la Meca, o... (¡tente pluma!) pongamos cualquiera de los de la Palestina, donde afluyen tantas romerías, son más sospechosos, con ser menos pintorescos, que la vieja venta toboseña.

Como su corral no ha sido variado y coincide de todo en todo con el que se describe la noche de la Vela de Armas y, como Cervan-

tes dice cervantescamente o sea arbitraria y gracejamente: "de la armazón de caballero", a la luna y las estrellas, debe de ser idéntico. Queda por averiguar, si todas las hosterías de la época los tenían semejantes. Sea como quiera, es inolvidable el recuerdo de ese corralillo con las bardas más bien bajas que altas, al fondo, por cima de las cuales se vió en volandas Sancho, en la peripatética peripecia del manteamiento, y en medio el pozo santo, quiero decir, aquel en cuyo brocal puso sus armas para velarlas el caballero catecúmeno o como se llame a los prosélitos de la orden de Caballería. Fué allí donde el arriero, que venía por agua para su recua, se arrimó a quitarlas, visto lo cual por Don Quijote y después de espetarle un discurso de los suyos, lo remató y se lo remachó en la cabeza con un tan gran golpe de su lanza, "que si secundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que lo curara". Allí y al verse acosado por los demás arrieros que en el parador paraban, y requiriendo su espada, invocó en socorro suyo, por primera vez, a su Dulcinea: "Oh, señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío; agora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a éste tu cautivo caballero, que tamaña empresa está atendiendo". Y con esto, — prosigue el relato, — cobró a su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Aquí fué Troya y la de San Quintín y convertido el corral en cam-

po de Agramante, sembrado quedó de heridos, malferidos y tuertos, mientras el flamante caballero tornaba a pasearlo "con la misma quietud y sosiego que primero".

Los camaranchones, destinados hoy a pajares, recuerdan también aquel sobrado donde tuvieron lugar los arrumacos de Maritornes y sus, para el fiel caballero lamentables consecuencias, con el sazonamiento final del revulsivo de Fierabrás. Una alacena enrejada de madera, dicen, le aprovechó para guardar sus armas y verla nos costó incomodar a los viñadores que servía de comer la mayorala y afrontar un tufillo de ganado humano, más revulsorio que el de otro alguno. Olía sí, y no a ámbar ni a rosas, en los desvanes de D. Quijote.

Precisamente, arrimado a las paredes, hay en estos momentos en la venta, dedicada a labores agrícolas, un surtido de odres. La luz entra como tamizada por las claraboyas, y viendo esa tropa de enanos hidrópicos que vienen a ser acá los pellejos, uno se figura lo que no sería dable ni en Francia, ni en Italia, donde no se conocen para el caso sino los zaques, poco mayores que nuestras botas de vino, como las bacías de barbero tampoco podrían ser allá, por el tamaño, yelmos de Mambrino. Todas las ilusiones de Don Quijote, aun las más aberradas, encuentran así justificación en cierto modo, en el medio que les sirviera de escenario, y deben tenerlo en cuenta sus admiradores extranjeros a España o sim-

plemente foráneos a la Mancha, cuando en algo difieran de él.

Descendimos la empinada escalera de piedra, y otra vez en las cocinas, con su hogar enorme como un pequeño escenario, hubimos de evocar aquel Retablo de Maese Pedro, sobre cuya aventura ha compuesto Falla, lo que yo llamo alfabéticamente el Oratorio de la P. y M. de N. S. D. Q. de la M.

La puerta, o el portón, que da a los campos, ya de Quintanar de la Orden, nos hace pensar que por él salió tan campante el armado caballero, de lo que creía castillo, otorgando en merced de su ordenación, a las dos mozas de partido que la diaconizaron, (y a las cuales por primera providencia llamó doncellas "cosa tan fuera de su profesión",) a una, "la Tolosa", que le ciñó la espada, el don de llamarse Doña Tolosa, y a la otra, "la Molinera", que le calzó la espuela, el de Doña Molinera, lo que ambas acataron "con mucha humildad". Y Dios se las tenga en cuenta. En este punto y hora, que "la del alba sería", empieza el vía-crucis del bisoño desfacedor de entuertos, socorredor de viudas, amparador de doncellas y favorecedor de huérfanos, todavía sin Cirineo, quiero decir, sin escudero. Porque "no habría andado mucho cuando le pareció que a su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, (y hoy no está y hasta acaso no haya sido en Cervantes sino nemorosa reminiscencia de umbrías sicilianas,) salían unas voces delicadas co-

mo de persona que se quejaba". Y es el episodio de Andresillo, — ese San Sebastián del libro, — a quien azota Juan Haldudo, labrador de Quintanar de la Orden. Y es la que le da el Caballero Andante, de soltarlo sobre la marcha y pagarle dobles sus salarios. Y es la doble vuelta de azotes que se gana ese primer mártir de aquella religión o profesión caballeresca, apenas su orondo redentor se aleja dando las gracias al cielo por haberle deparado tan presto el favor de estrenarse en ella, y felicitando entre sí a su Dulcinea de tener por caballero a uno tan valiente y, con el tiempo, tan nombrado.

Porque en ese punto y hora, "que la del alba sería", era el amanecer a la acción de su alma, tanto tiempo confinada en las noches en vela, o de sueños o pesadillas, de sus ensimismamientos, abstracciones o cavilaciones. Nada se comprueba, y lo que es más raro, nada se conjetura, de cuanto le acaeció durante los años que se pasaron para D. Quijote hasta que, bien cumplidos los cincuenta, dió al traste con su vegetar más o menos comodón y salió a campar por sus respetos y por los fueros del prójimo, (que en puridad significa próximo, pero que para él resultó casi siempre harto distante y desemejante.) Entrado há, sobre todo, demasiado viejo al servicio de Dulcinea. (Ni más ni menos que el alcalde Pantoja, quien nos confesó sus remordimientos por no haberle dedicado su juventud.) En fin, probablemente no le acontecie-

ra nada memorable, hasta entonces; mas ese mismo nada es ya mucho, pues mide el vacío del mundo en torno a un hombre dispuesto a ofrendarle y pedirle sus dones. Todo estaba en él, como en nosotros, como en el Génesis antes de separarse la tierra de las aguas.

Drama vivo como ninguno, porque soterrado y sofocado, tal el fuego de un volcán antes de hacer erupción. Desde el instante que D. Quijote sale de lo suyo y de sí mismo y se abandona o entrega en brazos de la suerte, *homo factus est,* sus actos nos pertenecen y se codean y miden con los nuestros, y él mismo diríase que se olvida de su vida y hasta de la Vida, viviéndola. Diríase también que Cervantes, por una especie de desquite que se tomaba de todo su pasado, preliminó los anales de su héroe, cuando los suyos tocaban el colofón; púsole por lo pronto la edad que él tenía entonces. Y todas las posibilidades que ya se le vedaban, se las traspasó a ese su desdoblamiento y prolongación, encargado de realizar cuanto en él fallara.

Lentamente, a campo traviesa, volvemos por El Toboso, cuya torre se divisa desde lejos. También es un faro, en los dilatados mares de nuestros deseos los más elevados y los más profundos, ese campanario con su esfera como de reloj de sol. ¿Qué espíritu animará a aquellos lugareños que, — cual otros hombres nacen todavía en Bethlehem de Judá, — siguen naciendo al mundo, bajo el signo de Dulcinea? Por más que ese, como la

estrella de los Magos, irradia sobre ilimitados horizontes y muchos hemos recibido sus efluvios desde la otra orilla, a lo largo del mar.

Y como la proyección de algunos astros remotos, a la larga también alcanzará hasta alejadas generaciones esa suave luz difundida por un apartado, un obscuro confín, que no figura en los planisferios terrestres, pero que en los siderales señalado quedará entre los de primera magnitud.

¡Toboso! Cuando transcurran los vertiginosos días y a mi vez esté en vísperas de renunciar a sér, y de volver a la noche, ha de parecerme en todos sentidos uno de los más peregrinos ensueños de mis sueños, este de haber visto marcarse, un día, una de mis horas, en el reloj de la torre del Toboso...

CAPITULO X

LOS MOLINOS SIN VIENTO Y PUERTO LAPICE

De buena gana hubiésemos pernoctado en El Toboso; pero tácitamente debe de estar prohibido hacerlo a los forasteros, en su sacro reducto, por cuanto, de más severa clausura que el milenario convento copto del Sinaí, en el desierto de Sur, no tiene para peregrinos un mal refectorio, ni una pobre hospedería. D. Quijote mismo hubo de acampar en sus inmediaciones.

Y es ahora ese Campo de Criptana, prolongación del de Montiel, ambos cuales debieran con más propiedad llamarse descampados. Para trota-leguas, como nosotros, son cortas las de esta etapa manchega, sobre todo hecha con el traga-leguas de un automóvil; pero no debe de ser lo mismo para los de aquí, por cuanto ese insigne criptanense que es nuestro Licenciado argamasillero, vuelve después de un cuarto de siglo, — media vida, — a su patria chica, con reconcomios y saudades intactos y como recientes y toda la emoción renovada de sus quebrantos y duelos.

Y conocemos más de él sabiendo que mecieron su cuna los aires de estos legendarios molinos, ahora en posición de firme, a fin de que les pasemos revista. Forman un escuadrón de gigantes estratégicamente parapetado cada uno en altozanos donde mejor pueden prender en un solo haz los cuatro vientos, ya que es su oficio escamotearlos. Sus largos brazos, ahora inertes, habituados están a captar, pilar y majar lo invisible y devolverlo después descascarado a lo invisible, como el alma triturada de un pajarillo. Verdaderos pájaros de rapiña, los molinos, al acecho para apresar en su vuelo los enjambres de céfiros, como mariposas, y las bandadas de brisas, como golondrinas.

Decir que veníamos de tan lejos para verlos y que apenas si los miramos, ¡no, nadie lo creerá!, y es que si infunde desinteresado sosiego una tartana movilizada por un borriquillo, es desmoralizadora y excitante la influencia de un cuarenta HP. y nos vuelve, como quien dice, pródigos de distancia y a la vez sórdidos de tiempo. Ahora queríamos — y podíamos — apretar mucho en una sola jornada y hubiéramos deseado abarcarlo todo. Margen tendríamos, yendo por la vega a Ruidera y por el faldeo a Montesinos, de volver al paso cansino de "Artillero" y a los blasfemos denuestos del tartanero Paco (a quien Dios confunda.) A h o r a nuestro chófer, con mano enguantada, impulsaba blandamente un volante, y aquello volaba desalado, en-

tre el asombro de las liebres de abajo y los vencejos de arriba, apostando carrera con las nubes.

Eran otros campos los que así se veían como raptados por la velocidad. El previsor Gómez, tanteaba de cuando en cuando su paquete de hilas y su botiquín de urgencia, es decir, nuestro bálsamo de Fierabrás, para el caso de un descalabro, y soliviantado en su rincón, echaba por la ventanilla miradas furtivas de desamparo. Por un lado pensaba, sin duda, en sus siete niñas de Argamasilla, y por otro, en los mil recuerdos de Criptana, contra el cual cerrábamos a marcha forzada, o forzábamos a marcha cerrada, que de los dos modos, dicho queda.

Todos habíamos menester urgente de restaurarnos: de esencia el motor, de refrigerio nosotros, y no estábamos para perder tiempo en zarandajas, es decir, en ver molinos.

Afortunadamente un Don Gerardo Muñoz, a quien Dios conserve, compañero y amigo de la infancia del Licenciado, habíanos dispuesto ya la comida, en una especie de inesperado Ritz de aquellos quintos apurados. Y puestos a la mesa, veíanse con enternecimiento, después de tantos años, ambos camaradas de juegos y amoríos, con los cabellos canos, y entrecruzaban preguntas y respuestas acerca de otros, ora ausentes de la comarca, ora ya del Mundo. El Don Gerardo, que fué poeta a sus ratos, se había dejado ganar poco a poco por la apatía del ambiente, y ahora contentá-

base con ver aspar los molinos de Criptana las ventolinas del llano... De pocos, como de él y de aquel Cura, Martínez, creo, del Toboso, he conservado una tan melancólica impresión de remanso apacible y diáfano, algo de quijotesco quietismo, con mucho de estar ya de vuelta de la acción y del inútil afanarse por nada. Desengaño de los seres que parece serle común hasta a las cosas en la Mancha. Fué lo que probablemente tardó tantos años en vencer, D. Quijote, hasta decidirse a emprenderla contra los molinos devanadores de vanos fantaseos.

Estos mismos, que a la sazón eran novedad en Criptana y España, y que, acaso por eso, le sobrecogieron. Recién importados de Flandes y los Países Bajos, es posible que el hidalgo de Argamasilla de Alba no los hubiera visto hasta entonces, ni hubiera sabido de ellos. Y con su bracear desaforado de matamoros, sorprendieron doblemente su buena fe de alucinado. Acometerles era su deber; aventarle era su derecho. Meterse en libros de caballería o arremeter contra molinos de viento, viene a ser todo uno.

Dejamos al señor Muñoz con esa pena, que ya es nostalgia, con que se deja a los compañeros de viaje, al tiempo que se termina un recorrido, y él nos vió alejarnos, seguramente añorando para sí todo cuanto constituye el inútil rebullir de nuestra existencia, esta persecución de la felicidad y estotra de celebridades y vanaglorias, cuando la mayor cordura

sería seguir viendo indefinidamente cómo los molinos cazan los instantes fugitivos y se los devuelven hechos nada a la eternidad.

Seguíamos hacia Puerto Lápice, que algunas veces se cita en el "Quijote" y del cual hasta llega él a decir que "siendo lugar muy pasajero, ha de abundar en muchas y muy diversas aventuras". "Aquí — añade al avistarlo — podremos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras". Y en efecto, acaécele la de los dos frailes de San Benito, el coche con la señora — que iba a reunirse con su marido a Sevilla, pero que él creyó princesa hurtada por mágicos o encantadores, — y el escudero vizcaíno: "Anda caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaíno". Y fué el desafío, primero en realidad que tuvo mano a mano D. Quijote, y fué la segunda invocación a la señora de su alma, "flor de la fermosura", para que acorriese a ese su caballero "puesto en tan duro trance por enaltecella". Y aquí, dicen, a medio combate y donde puso el autor "Segunda Parte" concluyó la primera que escribiera en sus prisiones de Argamasilla. Y tiempo debe de haber tardado en reanudar su relato donde lo dejó, es decir, en el momento en que "puestas en alto las tajantes espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, a la tierra y al abismo", porque en el cartapacio que en

el Alcaná de Toledo finge encontrar Cervantes, de Cide Hamete Benengueli, historiador arábigo, estaba pintada muy al natural esta contienda de D. Quijote de la Mancha con D. Sancho de Azpeitia y hasta veíase al otro Sancho, el Panza, con un letrero que decía: *Sancho Zancas,* "porque por tener la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia". De lo cual se infiere que sin excepción los sucesivos ilustradores de su figura, hanla falseado de punta a cabo, de todo en todo, hasta el extremo que, como la costumbre manda y llega a constituir segunda naturaleza, por razones que la razón desconoce, pero que son inevitablemente razonables, el propio documentado Hermann-Paul habrá de respetarla en su "Quijote", contra "El Quijote" mismo.

Y ya que entre vizcaínos anda el juego, por qué no aludir, de refilón, a ese audaz comentarista de Cervantes, que asaltándole en un recodo y encaramándosele por sorpresa a la grupa, en estos últimos tiempos quiso hacer, al paso cansino del genio, el caminito de la inmortalidad; pero Rocinante-Pegaso se lo sacudió de encima como a un tábano, con un simple movimiento de ancas. Y ese libro en que un charlatán vizcaíno se tomaba confianzas de tú a tú con Don Miguel el Unico y pretendía enmendarle la plana al ingenioso manchego, quedará, si acaso, con el de Avellaneda, como el Quinto Evangelio sobre

Nuestro Señor Don Quijote, según Judas Iscariote o Iscariuno, que en este punto no acaban de entenderse etimólogos y entomólogos.

Ese Puerto Lápice de mis pecados, así lo llamo, yo pecador, porque no hay nada en él, está al pie de unas montañas y sus calles concluyen allí donde comienzan las cuestas. En la introducción de estas páginas: ("Vela de Armas",) le confundo hasta cierto punto con Criptana; pero una vez sobre el terreno, no he enmendado, a fin de dejar tal cual era ese anticipo mío de la Mancha, que ha de ser, por lo demás, el mismo de muchos que no la vieron. La mitad del arte, consiste en fijar una idea antes de controlarla con la realidad, y la otra mitad, en registrar una realidad después de haberla contrastado con la idea; y en tal sentido y con todos sus errores queda inestimable para mí ese primer capítulo de este libro.

Nada tampoco nos aconteció en Puerto Lápice, digno de mencionarse, a no ser la visita al médico titular, quien, casado hacía dos años, tenía ya cinco críos. Debía de darlo la tierra, pues una parvada de párvulos, que alzaban el vuelo, como las moscas, de los basurales, nos escoltó por doquiera, creyendo se trataba de la misma compañía de peliculeros escandinavos que, el año anterior por esta época, había venido a filmar escenas del de la Triste Figura. Por la mía creían reconocerme; pero no me cesaban de preguntar dón-

de había quedado el actor que hizo de escudero mío. Y cuando, al volver al coche, (ya puesto a presión con esa trepidación que es la marcha de lo inmóvil,) me quité la chaqueta, para endosar un chaleco de franela, porque el relente del anochecer comenzaba a hacerse sentir prematuramente entre esos montes ensombrecedores, acabaron de convencerse de que cambiaba de disfraz y nos despidieron con gritos de motín y de apoteosis.

Y el moderno Quijote de cine, con toda su cuadrilla de cómicos de la legua, volvió a desandar en auto, ese campo de Montiel, donde las batallas imaginarias han eclipsado las otras tan sonadas de la Historia.

—Aquí, — nos indicó el Licenciado, asomándose en un momento dado a la portezuela, — aquí sí, estuvo hasta hace poco la verdadera venta cervantina; — pero sea que tuviésemos la atención fatigada, sea que nos atuviésemos mejor a nuestros libros de caballería, el hecho es que nadie sacó siquiera la cabeza, para ver la Venta de Cárdenas o como se llame, o, más bien dicho, su solar, a la salida de la población o a su entrada, según se vaya o se venga.

Yo me imagino, puesto que de imaginaciones se trata, el menosprecio que han de tener los cervantistas de covachuela, a estos desparpajados que recorrimos libremente la Patria del Caballero, como quien cruza en aeroplano los campos de la fantasía, sin hacer alto sino donde nos vino en gusto y gana y

sin tener en cuenta para maldita la cosa sus laboriosos e inapreciables jalones. Humildemente pídoles perdón, por mi parte, y no pudiendo proceder de otro modo, sigo, prosigo y... reincido, sin pretender dar gato por liebre, ni poesía por filología, cronología y arqueología. Eso, D. Miguel de Unamuno.

TERCERA JORNADA

PEÑARROYA.—LAS HUERTAS DE AGUA Y LA VEGA. — RUIDERA Y LAS LAGUNAS

CAPITULO XI

EL CASTILLO DESMANTELADO Y LAS HUERTAS DE CAMACHO

Lo primero que dejamos atrás, no sin visitarle, es un viejísimo molino de agua, de los que suplantaron a los de viento y que, a su turno, arruinados fueron por los eléctricos. Y digo: no sin visitarle, porque cuando me salen al paso los miro y remiro, con esa trágica insistencia con que a ratos contemplamos a los seres que, por su decrepitud, ya no hemos de ver largo tiempo. A los hombres entre dos edades, de este siglo entre otras dos, nos ha sido dado encariñarnos así con unas cuantas cosas, poco a poco desterradas por el progreso.

De este molino en desuso, no se nos ha borrado la impresión de un azulejo sobre el dintel, representando a la Virgen de Peñarroya, y de la indigencia de su recinto, donde apenas si la única torcida de un velón de aceite y una lumbre menguada de rastrojos, esclarecíanlo a medias y a medias lo entibia-

ban. Las vigas como nevadas y los rimeros de sacos, se adivinaban más bien que divisarse. Entre tamaña incuria, dos pobres viejos, tan viejos y tan pobres como todo, hacíanse la ilusión de la luz, del fuego y del hogar.

Del otro lado caía la presa ahogada de zarzas. Y esa respiración desigual del agua que no impulsaba ninguna noria, fué por un momento la mejor imagen de toda la actividad inútil de nuestra existencia. Tan sólo los viejos sonreían viéndola no arrastrar en su caída sino sus divagaciones.

Y paso tras paso, porque ahora no llevábamos otro HP. que las iniciales con que Hermann Paul había firmado sus pinturas en la tartana, fuimos llegándonos sin embargo hasta el castillo de Peñarroya, cuya ingente mole coronaba la altiplanicie y dominaba la planicie. Hicimos parar al pie. Y tampoco olvidaremos cuando esotra fábrica obsoleta, pero superviviente, se cernió sobre nuestras cabezas de criaturas de una jornada en la tierra, pasajeros de una vez por aquel camino. Fué una de esas cuatro o cinco intermitencias que pueden contar como vivientes en medio al sonambulismo de todo y en las cuales parece haberse parado sobre nosotros el sol.

Y, sin embargo, estaba hecho con nada ese instante: un cielo de mar; la fortaleza moruna arriba, y Paulina y yo en sus repechos, mientras abajo dibujaba el dibujante, asisti-

do de "Cavilote". El silencio, tan profundo que parecía oírsele como un mar, no era turbado de cuando en cuando sino por el estremecimiento de cascabeles de la collera de "Artillero", o por la voz del tartanero Paco (a. q. D. c.) repitiendo un estribillo, con aire de "Las Corsarias":

El español busca el sol,
Porque el sol es español.

En la plataforma alta nos acogió también una anciana, y nos preguntó si habíamos visto por el camino al "hermano" que había bajado con su mulilla a subir una carga de agua. Eran desde toda la vida los santeros de la ermita del castillo, en la cual se venera la Virgen de Peñarroya, patrona de los contornos. Y la "hermana", sin cesar de zurcir unas ropas de hombre, seguramente del "hermano", es decir, de su viejo marido, se condolió de tenerlo medio baldado por una caída entre esos riscos y breñas y lamentó que aquellos tiempos de peregrinaje cuando se reunían hasta dos mil carros, acaso diez mil almas, en la explanada, no volvieran ya, por disquisiciones entre los partidos judiciales que querían acaparar cada uno la Virgen, mientras los dejaban reducidos a ellos a la triste peseta diaria. Tanto le cuadró esta expresión a Hermann Paul, víctima del desigual cambio francés, que, de allí en adelante, no lo llamamos sino "El Caballero de la Triste Peseta".

Vimos la Virgen, no precisamente la que de continuo andurrea por su jurisdicción y tan pronto está en Tomelloso, como en Socuéllamos, o en Argamasilla, sino una pequeñita, la auténtica, la sedentaria, de la cual no es la otra sino ampliación portátil. En la desnudez suntuaria del santuario, aparecía constelada de dádivas y exvotos, con tantos aljófares, como garbanzos se hubieran deseado para el cocido algunos de sus devotos, y, por lo pronto, sin ir más lejos, estos menesterosos guardianes suyos.

En día muy próximo, ya no estará uno, ya no estaremos ninguno de nosotros, ni de los otros, ni en la Mancha, ni en ninguna parte. Y este camino será siempre el mismo bajo el cordial sol de octubre y la fortaleza árabe atalayará como hoy las llanuras, sirviendo de camarín inmenso a una virgen cristiana diminuta como una muñeca. La divina Dulcinea mística que mece los sueños infantiles de las pobres gentes.

Cuando nos íbamos, el santero volvía y saludó humildemente al paso "la triste peseta" que les representaba nuestra visita. Con que hiciera una vez Don Quijote esta etapa, forzosamente hubo de aparecérsele Peñarroya como el único castillo real, pues si muchas ventas lo fueron para él, el de los duques, más quimérico que todas sus quimeras, no pasó de ser una mala venta donde ventera y ventero, es decir, castellana y castellano, se cobraron venterilmente de haberle fiado posa-

da y mantenido a manteles, siendo que más que a cuerpo de rey tratáronle "in ánima vili" y envilecieron indeleblemente su prosapia por befar y escarnecer en él aquella superior a ninguna que nos constituyen la ánima y el ánimo: *Anima est in sanguini, animus in corde.*

El camino solía ser o tan malo o tan estrecho, que tuvimos que recorrer mayores trechos a pie que en tartana, cuyos vuelcos habían infundido en "Cavilote" un pánico tan saludable como para despabilarlo y hacerle recuperar y emplear de una vez por todas sus propios medios locomotivos.

A no mucho trecho volvimos a hacer alto para almorzar allí donde la vega, cruzada por el Guadiana, toma en sus bordes el nombre de Huertas de Agua, entre las cuales aquella donde se celebraron las bodas de Camacho. Pero quedaba del otro lado del río y no era cosa de vadearlo. Así habíamos de estar en breve a un infranqueable paso de otro lugar del "Quijote".

Fué, pues, aquí, en la ribera opuesta, donde tuvo lugar uno de esos ágapes o panzadas a la antigua usanza, la cual todavía conservaba mucho de la romana, y conforme a la cual solían confeccionarse platos de resistencia, monumentales platos, en la calumniada España gastronómica, como la *Aceituna en Ave,* que no subsisten sino en memoriales culinarios, ¡ah, nuestros clásicos!, para aguarnos la boca y aguzarnos los dientes, en vez de relamernos y chuparnos los dedos. Y aunque apa-

rentemente fuera de tiesto, ya que no de sazón, va, lector, por no resistir a "quedármela", dicha majestuosa receta, en el estilo interpelante propio de cierta gente:

Rellenarás una buena aceituna con alcaparras y anchoa y después de haberla echado en adobo con aceite, métela dentro de un picafigo o cualquier otro pajarillo minúsculo de averiguada delicadeza, para introducirlo en otro pájaro mayor de limpia ejecutoria, tal como un hortelano. Toma luego una cojugada sin cabeza ni patas, que sirva de cubierta a los otros; envuélvela en un forro muy tenue de tocino y ponla dentro de un zorzal, éste en una codorniz, ésta en un avefría, estotra en un perdigón, estotro en una chocha, y la chocha en una cerceta, la cerceta en una pintada, la pintada en un ánade, el ánade en una gallina y la gallina en un faisán, que se cubrirá con un pavo, cuyo pavo ha de caber en una abutarda. Los vacíos entre ave y ave rellénalos con relleno. Y el todo acondiciónalo en una marmita, con ajos, cominos y pimienta majados, clavos de especia, setas, criadillas de tierra y trufas, cebolletas y manzanas picadas, apio, zanahoria, huevos duros, tocino y jamón en lonjas, butifarra, salchichas blancas, picadillo de pichón y ancas de rana, y vino y caldo por mitades (lo espumado y catado por Sancho.) Y déjala rehogar y cocer veinticuatro horas a fuego lento.

De haber establecido comparaciones, nuestra refacción hubiera resultado una colación.

Pero era "bucólica" tomada en el santo suelo bajo las encinas, árboles que por guardar distancia entre sí, nunca crecen apretujados. Un carrascal es una sucesión de claros de bosque, que no se embosca, y por eso su terreno consérvase enjuto y apisonado como el de los olivares.

Comíamos en patriarcal comunidad, con "Cavilote", quien, debiendo servirnos, se hacía servir de Paco, y con éste, que habiendo desenganchado el asno, lo dejaba pacer cerca de nosotros. Y en parajes con rumores de gesta, irresistiblemente nos asediaban las reminiscencias, sea de cuando Sancho perdió el Rucio, sea de cuando se avino D. Quijote a tomar parte en el festín de Camacho, o en ese otro mucho más parco de los cabreros. Uno como aquéllos, precisamente, volvió a llegarse hasta donde acampábamos, para obsequiarnos, en retribución del vino que le habíamos brindado antes, con frutos y bellotas. Y yo vi a mis compañeros franceses, sin decidirse a probarlas, teniendo un puñado dellas en actitud de resucitar aquel parlamento de "¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío!*"

El otro episodio que se nos representaba a la memoria en estos lugares, remueve insolu-

cionables disquisiciones. Ese burro — perdonando la palabra — que le es robado a Sancho: ("¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas!") reaparece sin haber aparecido y vuelve a desaparecer por arte de birlibirloque, pues tan pronto Sancho sigue a su amo "a pie y cargado", tan pronto "de muy mala gana sobre su jumento", tan pronto agradece "a quien le quitó el trabajo de desenalbardarlo", tan pronto, finalmente, lo recupera de su raptor: ("¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?".) Pero este es un pleito, — perdonando la comparación, — como el del nombre de la parienta del mismo Sancho, a la cual nombra al comienzo de la Primera Parte, "Juana Gutiérrez mi oislo, o Mari Gutiérrez" y al final "Juana Panza, que así se llamaba aunque no eran parientes sino porque se usa en la Mancha de tomar las mujeres el apellido de sus maridos". Todo lo cual no obsta para que en la Segunda, se presente ella misma como Teresa Cascajo "porque Teresa me pusieron en el bautismo y Cascajo se llamó mi padre" y para que, hacia el fin de fines del libro, Cervantes se indigne de que en el apócrifo de Avellaneda "se llame Mari Gutiérrez la mujer de Sancho, y no tal sino Teresa Panza".

Camacho y las Bodas, por su parte, me traían una inesperada asociación de ideas. Porque hay en la Pasión del Señor, los ver-

sículos cuando llega a Gethsemaní con sus discípulos y les dice "mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo".

"Y yéndose un poco más adelante se postró sobre su rostro diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; empero no como yo quiero, mas como tú".

"Y vino a sus discípulos y los halló durmiendo y dijo: ¡Qué! ¿no habéis podido velar conmigo una hora?"

"Otra vez fué y oró diciendo: Si no puede este cáliz pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad".

"Y vino y los halló durmiendo".

"Y dejándolos fué otra vez y oró una tercera".

"Entonces vino a sus discípulos y les dice: Dormid ya y descansad".

"Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora".

Ahora bien: sin hablar de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, que es ni más ni menos la cuaresma de Jesús en el desierto, existe una correlación secreta entre la Sagrada Escritura y estotra escritura sagrada, cuando en el susodicho capítulo de las Bodas de Camacho, (que por otros respectos recuerdan las de Caná,) Don Quijote se pone en pie "apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase" y tras de estos ditirambos enfáticos, habiendo llamado a su escudero, que aun

todavía roncaba, antes de despertarlo le dice:

"¡Oh, tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, que sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos! Duerme, sin que te tengan en vigilia celos de tu dama ni te desvele lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga. Duerme el criado y está velando el señor, pesando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir a la tierra, no afluye al criado, sino al señor. Duerme digo otra vez y lo diré otras ciento". "A todo esto — prosigue el relato — no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si D. Quijote con el cuento de su lanza no le hicera volver en sí".

Tal modo de despertarle, después de haber repetido con pertinacia que siguiera durmiendo, tiene de todo en todo la patética incongruencia y la falta de transición evangélicas: "Dormid ya y descansad. Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora". (Súfficit venit hora.)

Había llegado también la de recoger nuestras vituallas y levantar el campamento. Era ya esa entre dos luces en que uno se pierde y se encuentra, y parecía humo de una fogata de pinos el olor de la tarde.

CAPITULO XII

LOS BATANES SILENCIOSOS Y LAS FABRICAS DE FLUIDO

Aunque la distancia hasta los batanes era corta y largo todavía el crepúsculo de octubre, no las teníamos todas con nosotros. El río y la húmeda vega como si reverdeciese, habían ido tiñéndose del color dominante en el "Quijote", es decir, el verde; pero se los prestaba un cielo vuelto translúcido por la transición del día a la noche y donde ya destellaba como un aguamarina la estrellita de las oraciones.

Nos cruzó una galera guiada por un hombre desde el varal y escoltada a pie descalzo por una gitana con su hijo a la espalda. Largo tiempo nuestro pintor siguió con la vista esa forma perfecta, de airosa marcha y, sobre el verdoso fondo, la mancha amatista de la falda y la anaranjada del pañuelo. ¿Cómo se las componía el aire para fundirlo todo? Tal debía de ser la pregunta que se hacía a sí mismo el artista.

Y, no sé por qué tampoco, estas notas de

color trajéronme al magín las de las banderitas reales, probablemente moradas y amarillas, que llevaba el carro de los leones, cuando nuestro caballero lo detuvo, más o menos a estas alturas: ("¡leoncitos a mí!") y ordenó al leonero abriera la jaula para venirse a las manos con ellos. En pocas partes del libro, se le siente tan cerca del Antiguo y el Nuevo Testamento, como cuando aquella armada fantasma salta del caballo para no espantarlo y arrojando la lanza y embrazando el escudo desenvaina su espada y "paso a paso con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué a parar delante, encomendándose a Dios y luego a su señora Dulcinea". El reproche al carretero que se pone a salvo con sus mulas: "¡Oh, hombre de poca fe!", y su interrogación y su afirmación cuando vuelve a cerrarse la jaula, sin que el león se haya atrevido a hacerle frente: "¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? ¡Bien podían los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible!" son proféticos. Y efectivamente por vez única, pero decisiva, se ha sobrepuesto su valentía a todo encantamento y toda evidencia.

Creo, además, es uno de los pasajes del "Quijote" donde su autor piensa mejor y se mofa menos de sí mismo. El sabe, Cervantes, que más de una vez ha desafiado heroicamente a leones y ¡ay!, también sabe que los ha visto bostezarle a las barbas y volverle sus cuartos traseros, en tanto que las piaras de

cerdos, esas sí, lo han arrollado y hozado inevitablemente. Pruebas del destino, como su pobreza, a las cuales se resignan con dificultad los caracteres como el suyo.

Porque Cervantes no cesó en sus protestas contra una suerte que él estimaba indigna de él, y aprovecha para exhalarlas cualquier coyuntura de su obra, por ejemplo, cuando descubre Don Quijote, a solas en su habitación en casa de los duques, que se le habían saltado "no suspiros, ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su persona, sino hasta dos docenas de puntos de una media que quedó hecha una celosía. Afligióse en extremo el buen señor y diera por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata; digo seda verde porque las medias eran verdes". Y aquí exclama el autor por su cuenta y riesgo: "¡Oh pobreza, pobreza!, no sé yo con qué razón han de llamarte dádiva santa desagradecida; porque aunque bien sé que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza, con todo eso digo ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza, de quien se dice: Tened todas las cosas como si no las tuviéredes, y a esto llaman pobreza de espíritu; pero que no eres tú, segunda pobreza de la que yo hablo".

Con todo, olvidaba nuestro Príncipe de los Ingenios y los Infortunios, que éstos aguzan aquéllos. ¿Quién que sea vergonzante no se queda algún momento a solas con su coleto y

sus calzas? Este Cervantes que dijo que la libertad es el más precioso don y por ella se debe y puede dar la vida, no quería recordar que si se reciben palmetazos en la escuela de la pobreza, también se aprende una suprema lección. Y aquí séame permitido parafrasearle para loarla.

¡Oh humildad, humildad!, con qué razón han de llamarte orgullo santo inadvertido; porque si la virtud consiste en la pobreza, obediencia, fe y caridad, por todo eso digo tiene mucho de Dios quien es humilde no sólo ante los demás sino ante sí mismo y en su fuero interno y posee todas las cualidades como si no las poseyera. Unicamente a él no ha de llegar ni alcanzar humillación alguna; pues si lo opuesto a la ociosidad, es el ocio, lo contrario, de la humillación eres tú, segunda humildad de que yo hablo.

En esa probatoria escuela, mucho más que en los bancos de la de López de Hoyos, aprendió quien debía engalanarlas, sus primeras letras de esta lengua castellana, hoy llamada suya, cuyas voces más populares o más clásicas, él había de hacer cantar en coro de oro, recorriendo al propio tiempo los registros de nuestra raza desde el más alto y sostenido, hasta el más furtivo y recóndito. Y fué su humildad de pobre, que hasta incurre en faltas de ortografía, su pobreza de espíritu de bienaventurado, lo que le permitió ver a Dios cara a cara, le tuvo a salvo de fáciles descarríos y lo mantuvo virgen y potente para sus

nupcias con la musa, en este caso Dulcinea. Varón, Miguel de Cervantes Saavedra, íntegro si los hubo, en el sentido de completo para el mal y para el bien. Hombre humano, en fin, todo un hombre. El Escribano de Cámara del Rey, D. Juan Gallo de Andrada, tasó, en Valladolid, el 20 diciembre de 1604 en tres y medio maravedíes cada pliego del "Quijote" y el todo en doscientos noventa y medio.

Yo veía hace poco, a cuento de estotro libro que escribo y que leéis, la Carta (semiinédita) de Restitución de Dote, que le otorgó Cervantes a su mujer, Doña Catalina de Palacios y Salazar, a raíz de su boda, por lo que llaman en derecho civil "donación entre vivos", y nada me daba una más palpable impresión de su vida que ese inventario o recuento de inmuebles, muebles y enseres, tan minucioso como precario, del cual entresaco algunos:

"Un majuelo en término de la parroquia, que cabe tres aranzadas y media, con una oliva grande y alinda con el de Lope Gómez de Salazar, (¿algún primo de Doña Catalina?)

"Un huerto cerrado con puerta y cerradura, que dicen de los Perales, con los árboles que tiene, alindando con el arroyo que viene de la fuente, y la calleja que va a la iglesia.

"Una media cama de nogal. Un paño azul para la cama, con su rodapié de lo mismo. Una frazada buena y otra traída (o raída.) Cuatro servilletas. Unas touajas (toallas) de

enfilado. Dos ruedos de enea. Una mesa y dos tajuelos o escabelitos de pino. Una arqueta de nogal. Una cuna. Un bastidor. Una devanadera. Una tabla con una imagen de San Francisco. Otra con la de Nuestra Señora, pintada al óleo.

"Un candil de hierro. Un brasero de acofar (azófar.) Unas trébedes. Una caldereta. Un cazo. Una sartén de hierro. Un candado con su llave. Una artesilla. Un tablero para pan.

"Cuarenta e una gallina e pollos e un gallo. Una hanega de trigo. Seis de harina. Cinco libras de cebada". El todo, con otras parcelas y otros muchos cachivaches omisibles y omitidos, más cien ducados, (unas setecientas pesetas,) en arras, avaluado en ciento ochenta y dos mil doscientos y noventa y siete maravedises, habiéndose de tener cuenta no era ninguna maravilla un maravedí, pues valía en esa época unos tres cuartos de céntimo. Así la dote total de la mujer de Cervantes, venía a significarle poco más de cien mil céntimos, o sea, en todo, unos doscientos duros sevillanos o Amadeos. Y al desprenderse de ella bien podía decir, como el Pobrecito de Asís, cuya imagen figuraba en el inventario, que deseaba poco y ese poco lo deseaba poco.

De semejantes lujos y comodidades se arrancaba para ir a la Corte a curarse sus hidropesías, cuando su plática con el estudiante, transcrita en mi segundo capítulo: "Porque yo quiero sepa vuesa merced, cómo no son todos los tiempos unos y siempre soy po-

bre y ya viejo y enfermo".

Y sin embargo, para aquellos que creen es oro todo lo que reluce o, al revés, que no luce sino el oro, figurémonos las arquetas de nogal o de acero americano y aun las arcas y cajas de caudales, que el "Quijote" habrá henchido con dineros contantes y sonantes, en Europa y en América. Aunque yo prefiera imaginar cuándo fué importado al Nuevo Mundo por primera vez, acaso en la memoria de alguien que soñaba con un mundo nuevo donde los caballeros andantes pudieran llevar a feliz término sus caballerías y sus andanzas.

Así, por las buenas obras de su héroe, llega a santo aquel *non sancta* que englobaba su vida picaresca como camarero del joven cardenal Aquaviva en Roma, o como soldado de D. Juan de Austria, en Chipre, Sicilia y Nápoles, en el término "¡libre Italia!", lleno de compenetración y de añoranza. Todo el amplio libertinaje de que él disfrutara en su juventud, se lo negó al Ingenioso Hidalgo, esa hechura suya, confinándolo en una casona de su lugar, primero, y después en el estrecho círculo de sus aventuradas y casi siempre desventuradas aventuras. Pero, en cambio, lo hizo probo y justo y le dió un alma y un arma blancas, no a su imagen y semejanza, sino precisamente en desquite de haber tenido que aceptar inerme más de una injusticia y una prevaricación, pero, sobre todo, lo contagió con lo mejor de sí mismo, desbocando en él su contenida y retenida locura. El sabía que

todas las santidades son locura heroica, y por eso mismo envidiaba con toda su alma a los que van para héroes y a los que van para santos. ¡Humildad del que concilia entrambas actividades!

Los tres años que su existencia terrena pasó de los treinta, los consagró J. C. a la predicación del Evangelio. D. Q. a sus cruzadas acaso unos tres meses, en tres salidas, siempre cuando la canícula volvía la hierba yesca y hacía de eslabón contra los pedernales manchegos. Tres breves meses en dos estíos fugaces, para curar su alma del insostenible desacuerdo consigo misma. Habíase pasado leyendo, "las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio", y entonces o nunca era el momento de actuar. Porque cuando se obra exaltado, no se cavila deprimido. Incompatibilidad clínica entre la especulación cerebral y la cordial efusión, que impide encasquetarle a la calavera de Hamlet, el yelmo del Quijote.

No es Erasmo, sino Cervantes, quien hace el verdadero Elogio de la Locura, cuando ya a la terminación de su obra, D. Antonio Moreno le censura al Caballero de la Blanca Luna, o sea al Bachiller Sansón Carrasco, que pretenda *reducir a la razón* al de la Triste Figura: "¡Oh, señor! — le dice el sensato de D. Antonio, — Dios os perdone el agravio que hacéis a todo el mundo queriendo volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis que no podrá llegar el provecho que cau-

se su cordura a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos? Pero yo dudo que toda la industria del señor Bachiller, no ha de ser parte para volverle la salud, porque, si no fuese contra caridad, diría que nunca sane D. Quijote para no perder sus gracias".

... Y para no recaer en sus desgracias. ¿No es éste el pensamiento dominante del autobiógrafo? Como hace sucumbir a su Quijano, tan presto lo vuelve a su lugar, tan pronto concluye su historia, toda en perspectivas y resonancias, muere él mismo. ¡Y aquí paz, mucha paz, y después gloria, toda la gloria! Porque de este hombre no podrá decirse que pasó "sin pena ni gloria" por el mundo, ni tampoco que "pasó".

Nos acercamos a los famosos batanes ya de noche, como Don Quijote y Sancho, y por un momento creimos en una alucinación del oído, pues, como ellos, sentíamos distintamente "unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor a cualquier corazón. Era la noche, como se ha dicho, obscura, y (acertamos) a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando (vimos) que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lu-

gar donde (nos hallábamos.)"

Felizmente "Cavilote" y Paco, prácticos en aquel mar de incertidumbres y sombras, nos tranquilizaron diciendo estábamos llegando a la fábrica de flúido movida por el Guadiana, donde se nos había aprestado camas para pernoctar, hasta que por la mañana, pudiéramos ver con luz los batanes, también próximos. Un andaluz de Jaén, capataz de esa Central Eléctrica, casado con una andaluza que ya conocíamos por haberla visto vender alhajas más o menos de ocasión y de relumbrón por los pueblos, nos dispensaron su hospitalidad afable, solícita y limpia. Y nos dormimos al ruido de las turbinas y las dínamos desveladas para suministrar energía y luz hasta muy lejos, y a su ruido nos despertamos apenas rayó el alba.

El trayecto hasta aquí había sido todo lo penoso que puede darse y no lo sería menos a Ruidera, de la cual estábamos a medio camino; sin embargo, dábamoslo por bien empleado sólo con encontrarnos en medio a esa nada de la Mancha, que es todo, junto a ese todo del "Quijote", que no es nada. Porque, de las cosas que le sobreviven, la que nos lo puede representar mejor que molinos y ventas, es este batán donde casi flaqueó ante lo sobrenatural de la más natural de sus aventuras y donde al aclararla y ver a Sancho vengarse de sus propios terrores con su hilaridad, vuelve sobre un punto tratado por mí en el capítulo segundo también, cuando dije que

muchos de los espejismos del Ingenioso Hidalgo provenían de su desconocimiento del mundo o de su mundo, es decir, estos campos: "Venid acá, señor alegre, — le reprende a su escudero. — ¿Estoy yo obligado a dicha, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batán o no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos".

Si tuvimos la rara fortuna de alcanzar a conocer el último batán subsistente, testigo de cómo fueron los trabajos del hombre en los comienzos de España, no así la tuvimos para encontrarlo aun en funciones, pues poco más de un mes antes, había cesado en ellas y me temo que para no reanudarlas. Aquellos rudimentarios mazos desbastados y pulimentados por cientos y acaso miles de veranos e inviernos, por rigores de la intemperie y la labor, tan primitivos como ciertos instrumentos prehistóricos, tras martillar, clavetear y tachonar el silencio desde la noche de los tiempos, habíanse quedado a su vez silenciosos por una eternidad. Así y todo, aun simbolizaban el esfuerzo de la humanidad a través de las edades y ganas daban de besarles religiosamente.

Alzamos la cabeza azorados por otro ruido que zumbaba en las alturas. Un avión como un ave franqueaba desalado la vega que nosotros palmo a palmo íbamos ganando como los reptiles.

CAPITULO XIII

LA VENTERA ILUMINADA DE RUIDERA

Anochecido también entramos en el villorrio de las lagunas, donde una tía de "Cavilote", prevenida por teléfono desde la Central Eléctrica, había de darnos alojamiento.

Y como Ruidera no tiene otro alumbrado público que los fuegos de sus vecinos, diseminados en altibajos intransitables, fué cosa una vez más de echar pie a tierra no muy firme y tratar de auparnos sin accidente hasta las aceras de las calles, verdaderamente babilónicas por lo suspendidas y, en pos de tanta travesía, de atracar, si fuera dable, a buen puerto.

Mas estaba escrito que las peores borrascas habíamos de capearlas en ese inseguro abrigo, donde no separarnos ni caernos, cargados como íbamos con los bártulos, resultaba un logaritmo, y una ecuación alcanzar a "Cavilote", partido delante como explorador y desentendiéndose de nuestra impedimenta.

Después de algunos rodeos y traspiés y de no pocas voces de auxilio, que se perdían en

la ingrata obscuridad, Gabriel Aparicio se dignó reaparecer, hecho un arcángel de la anunciación, en el quicio de una puerta entreabierta. Nos asimos a él como a cable de salvamento, y a su amparo franqueamos un hogar, en el cual se evocó durante largo rato y sin coacción por nuestra presencia, los más tiernos recuerdos de la infancia de "Cavilote", pero donde nadie hablaba siquiera de aliviarnos de cargas y pesadumbres. Medio caídos, como quien dice, con todo el equipo, sobre unos empingorotados sofás rellenos de crujidoras hojas de panojas, cual no los habíamos visto ni volveremos a ver, componíamos un espectáculo lastimoso, atendiendo y no entendiendo aquellas confidencias tan indiscretas como extemporáneas.

¡Este mundo es un enigma! ¿Quién nos había de decir que, por contraste, esta vivienda de Ruidera debía aparecérsenos dentro de poco como un paraíso y como un ángel de la guarda, la buena tía de Gabriel?

Fué ella la que, al fin, no teniendo cabida en su casa, determinó conducirnos hasta la de una vecina, a cuya puerta nos dejó, "porque no se trataban", dándonos con toda ingenuidad el "buenas noches y descansar", lo mismo que hubiera podido desearnos con toda malicia un infernal insomnio. Pero los designios de la Providencia son inescrutables y la pobre tía no fué en esta ocasión sino mero instrumento suyo.

La nueva morada, donde tan inopinada-

mente recalábamos, era más amplia y menos acogedora, con el mismo fogón y ya no uno sino dos de esos empinados sofás sin más muelle que las hojas de maíz. En derredor de una mesa casi taburete, comían en un solo plato una copiosa ensalada de cohombros y tomates, una mujerota, un hombretón y un arrapiezo piojoso rodeado de perros, gatos, conejos, chivatillos y aves domésticas. Desde una cimbelera en la pared una urraca nos saludó con un "a la paz de Dios" al par que los que cenaban, alzando la cabeza apenas, pronunciaron la consabida fórmula de: "¿Ustedes gustan?", a lo que nosotros respondimos con el "santas y buenas" y el "¡que aproveche!"

Los caseros prosiguieron imperturbables su yantar. De cuando en cuando la mujer se levantaba para atender a algún parroquiano en el contiguo estanco, o el hombre para servirle allí mismo de beber a algún cliente, pues aquella era la estanquera de la localidad y éste el tabernero. Por nuestra parte nosotros nos encogíamos en nuestro rincón y callábamos, tratando de no estorbar ni molestar.

Se levantaron los manteles, si figuradamente así puede decirse donde no les había, o las mesas, si tal puede llamarse un escabel, y sólo entonces, mientras procedía a lavar con un estropajo y enjugar con otro la vajilla, es decir la fuente, la patrona interrogó a "Cavilote" sobre cuantas gentes de Argamasilla había conocido en su vida, hasta llegar,

y no por atajos, a nosotros y nuestras pretensiones. La de cobijarnos bajo su techo fué desde luego acogida favorablemente; pero cuando le expresamos tan a deshora la de cenar, tuvo tal sobresalto que casi estuvimos por retractarnos. "Aun no ensillamos y ya cabalgamos", nos pareció que mascullaba. Y en efecto, hubimos de comprobar luego que aquella Teresa Panza de nuevo cuño, por verdadero nombre Iluminada, tenía más gramática parda y ensartaba a tuertas o derechas no menos adagios, sentencias y proverbios que Sancho, olvidando femenilmente aquel de que "al buen callar llaman Sancho".

En qué se entretuvo una hora antes de llamarnos a cenar, es para mí un misterio, pues la cena se redujo a un jamón con chorreras, inabordable por lo salado y coriáceo, y a una ensalada como aquella que les viéramos manducar, pero incomible también por el aceite. —¡Está rancio! — había exclamado Paulina al gustarlo. Y la estanquera de los refranes, no perdió la oportunidad de recordarnos el de "aceite, vino y amigo, antiguos". En cambio, el vino no lo era y en esa mala kábila parecía harto cristianado con las aguas de las siete lagunas de los siete pecados del tabernero. El Caballero de la Triste Peseta, viéndome desolarme me aconsejó mansedumbre, ya que lo que hacíamos, más que un viaje de placer era un peregrinaje, *ad majorem gloria* del "Quijote". A la invocación y el conjuro de su nombre, acabé por someterme de

buen o de mal grado, pero comprendiendo de una vez por todas la inutilidad de cualquier protesta, ya que "en torcida argolla mal entra la bola", que "más vale mala avenencia que buena sentencia", que "dando gracias por agravios negocian los hombres sabios" y que "delante acato y por detrás al rey mato". Y Dios no me moteje por hacerme incurrir el contagioso ejemplo de la ventera, en el prurito cominero y refranero que antes condenaba en ella y que "es tan común entre charros, a todos los del cotarro". Y, vengan o no a pelo, acumulo yo sólo las supersticiones y los refranes de cuantas tierras he visto.

Como, recogidas en un santiamén las migajas, el cansancio volvía a dominarnos, entre todos pretendimos ayudar a Iluminada a hacer las camas, escarmentados de su poca diligencia; pero ella nos arguyó que "muchos ajos en el mortero mal los maja un majadero", no permitiendo que la secundara sino su desastrado paje, o sea el descastado mocoso de cobayas y chivos, con todas las mañas y artimañas de su parentela, ya que "en casa de los conejos, hacen las crías lo que hacen los viejos".

Me habían otorgado unas sábanas y fundas con dudosas máculas. Intuitivamente eché de menos la ametralladora "Flit" de mi cuarto argamasillesco; pero las escamoteé con limpieza, para mayor paradoja, y metime casi vestido entre las mantas, no sin sacar no sé cuántos trapos sucios del colchón, que probablemente era la trapería. Lo que no hallé debajo del

catre ni en parte alguna fueron "esos vasos necesarios al menester del que duerme a puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue a que la abra", según la duquesa indica a Don Quijote, y hube de recluirme sin saber si podría observar pulcramente mi reclusión hasta el siguiente día.

Cuya mañana me hizo saltar del lecho con el consiguiente apremio, y como no era cosa de esperar, abrí el ventanillo, que caía, creo, sobre la plaza del consistorio, y encaramado en un velador, para mejor alcanzar, así estaba haciendo de pluviosa gárgola, cuando me llamó desde fuera la voz acatarrada del pintor.

Descendí, apenas pude, del pedestal y reparando lo mejor que supe mi desaliño, a fin de disimular mi desaguisado, di permiso para entrar a mi tempranero visitante.

El cual, entre carrasperas y estornudos, me explicó con aparente sosiego, pero con mucha firmeza, la resolución que durante la noche habían tomado su mujer y él, de volverse sobre la marcha y como fuera, a Argamasilla, interrumpiendo lo que, entonces mejor que nunca, le hubiese calificado yo de peregrinaje, si no viese que el horno no estaba para bollos. Se habían pasado toda la santa noche en vela, con luz y las gafas puestas, librando combate descomunal y desigual contra mágicos ejércitos que, bajo la forma de chinches, debían provenir de los tiempos del "Quijote" y tener por misión impedirnos llegar hasta la

Cueva de Montesinos. Y como yo me sonriera ligeramente, porque me creía inmune habiendo dormido de un tirón, de otro me condujo mi amigo ante el único espejo, que estaba en su aposento, y después de hacerme contemplar un rostro que era el mío, pero que parecía una máscara, según estaba de picaduras y ronchas, me descubrió sobre su lecho un cuadro digno de una caza mayor, donde aparecían impecablemente alineadas hasta medio ciento de piezas cobradas en otra media docena de horas. Por si fuera poco, las frazadas eran una gusanera de esos gusanos que, bajo la muda tierra, se regalan con lenguas de mujer, como Doña Iluminada. Y el ilustre francés, otorgábale en su espanto el Don, como Don Quijote a las mozas de partido, pero en el idioma de Moliére, habiendo hasta olvidado momentáneamente el de Cervantes, y me expresaba que yo era dueño de quedarme o de proseguir viaje, pero que en tal caso allí no más se separaban nuestros caminos, porque la frase simbólica de Cervantes: "es preferible el camino, a la posada", aquí dejaba de ser un símbolo.

Entonces acudió "Cavilote" consternado, no sé por qué, ante la idea de renunciar a esa Cueva de Montesinos, que, tampoco sé por qué, deseaba conocer desde que vino al mundo en la Mancha. Entre él y el tartanero trataron de aplacarnos y retenernos, prometiéndonos el oro y el moro, y opusieron después como trabas que las de la tartana estaban ro-

tas y que "Artillero", burro sociable y susceptible, no había querido tomar un pienso, por haberle apartado pesebre, ni descabezar un sueño, por haberle puesto en una cuadra solo. A todo respondía mi amigo, en gabacho, que él "s'en f..." y que en último caso desandaría a pie el camino, aunque tardara un año. "Il s'en moquait — el gran cervantista — de tout, méme de Don Quichotte". Y yo no lo recuerdo sino para hacer ver cómo pueden roer nuestra paciencia los encantadores, con sólo reconcomernos y repudrirnos la sangre. Leones que hubieran desatado contra nosotros, probablemente, como a Don Quijote, no nos hubieran puesto a su merced, cual esas chinchosas huestes.

Doña Iluminada, que subía radiante, comprendió lo que se pasaba, aunque haciéndose de nuevas por el buen parecer, y de mala gana procedió a disponer el desayuno, que consistió en unas jícaras como dedales, de un chocolate como mezcla, y a prepararnos la merienda para el camino, la cual se redujo a un huevo, y no por cabeza, y Dios me castigue si levanto ningún falso testimonio, porque, aunque parezca inverosímil, juro sobre la liendrera de la propia Doña Iluminada, que, a pesar de pagárselo a precio de oro, no nos quiso dar sino un huevo para cinco, y todavía yo se lo tomé, sabiendo que "de un huevo comieron cien y el último se empachó". Nos lo ofreció la muy taimada, me acuerdo, con un par de sus descosidos refranes, y no sé si dijo

irónicamente que "el buen pagador de lo ajeno es señor", o que "más vale huevo con amor que gallina con dolor". ¡Qué hacerle! ¡Paciencia y barajar!

Salimos a tomar aire, ya que no otra cosa, mientras Paco y "Cavilote" aun no bien persuadidos de lo inquebrantable de nuestra decisión, trataban de ganar tiempo yendo y viniendo de la cuadra a casa del guarnicionero. Salimos, digo, de la posada, y para no volver a poner los pies, en todo cuanto tardaron los aprestos para el regreso.

Y fuimos hacia las famosas lagunas, encargándonos de paso de sembrar nuestra indignación, por el pueblo. A una vieja que nos preguntó, (junto a un palacio de los mil del Real Patrimonio,) qué tal habíamos pasado la noche, le contestamos que rascándonos. Ella nos explicó a su vez sumisamente, que desde la muerte de su marido, la soledad y el reuma tampoco le permitían pegar los ojos y contaba hora por hora las horas, pidiéndole a Dios hiciera sonar su última. Entretanto: "paz y paciencia y muerte con penitencia". Pero nosotros no dábamos, tal vez una noche en blanco nuestra, por todas las en negro de aquella viuda requetecastellana, quiero decir, cristianísima.

Las lagunas, como ovales espejos de mano, con marco y mango de oro, mostrábanse de plata entre las montañas; mas, mal dispuestos a la admiración, nos parecían un mediocre cuadro de la naturaleza, un paisaje

adocenado de cromo, más o menos helvético, tan es cierta la identidad que dan a las cosas los climas. Sin embargo, recordábamos la historia, en el "Quijote", de estos lagos, cuando tan presto Durandarte clama y reclama:

¡Oh, mi primo Montesinos!
Lo postrero que os rogaba
Que cuando fuese yo muerto
Y mi ánima arrancada
Llevaseis mi corazón
Adonde Belerma estaba
Sacándomele del pecho,
Ya con puñal, ya con daga...

El primo póstrase de hinojos ante él y con mucha compunsión y lágrimas le cuenta cómo en el aciago día cuando le pusieron tibio y le dejaron frío, "sacóle el corazón del pecho, lo mejor que pudo, y después de limpiarlo con un pañizuelo de puntas, lo dió de salmuera, porque no hediese y le llegara si no fresco, amojamado a Doña Belerma". Y cómo su escudero Guadiana y la dueña Ruidera con sus siete hijas y dos sobrinas, ¡que ya son faldas en una familia!, convertidos fueron por Merlín el encantador, aquél en un río plañidero que al ver el sol vuelve a esconderse y acudir a la superficie, "sin criar peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos", y esotra en un lugar y estotras en otras tantas lagunas "siete de los reyes de España y

dos de la Orden de los Caballeros de San Juan".

Doña Iluminada, de vivir en aquellos tiempos, convertida hubiera sido en una ciénaga con cínifes, légamos, batracios y tercianas, y no para purgarla de culpas, sino de miseria, que por adelantado me sé el epitafio que le cuadra:

Aquí yace Doña Iluminada
en tránsito
de la roñería y la roña a la carroña.

Y grabado déjolo en esta página para que le aproveche y porque forzoso es "con el viento limpiar el trigo y los vicios con castigo". Y a esa fementida dueña Quintañona de Ruidera, había que ponerla cual digan dueñas.

—¡Váyanse, noramala! — nos despidió, cuando nos íbamos, una voz. No sabiendo discernir si era de Doña Iluminada o de su urraca. — ¡Quédense noratal! — replicamos en coro, fervorosamente.

CAPITULO XIV

MAÑANA FUE AYER

A pesar de los pronósticos pesimistas de Paco, que administraba la moral de su burro, como Sancho la del suyo, y rezongaba "tú que no puedes, llévame a cuestas", *Artillero,* con paso ni menos ni más cansino, tornó a tirar del armón, o sea, de la tartana, más o menos por los mismos baches y angosturas, porque aunque ya no necesitábamos cruzar la vega, casi venía a ser peor el sendero que la rodeaba y, pasando por detrás de Peñarroya, salía a Argamasilla.

Forzados, como el Ingenioso Hidalgo, por hechizos y maleficios, era al "lugar cuyo nombre", donde nos reintegrábamos, en vías de volver, yo a nuestro Madrid y mis amigos al París de todos. La tristeza de separarnos contrastaba ahora con nuestra alegría cuando estábamos en vísperas de venir juntos a la Mancha. Aquel mañana fué ayer. No nos había dejado sino algunos diseños, algunos apuntamientos, (incompletos mientras no los asociáramos,) y una indisoluble colaboración de recuerdos. Por mi parte hallaría difícil-

mente en viaje otra compañera que no tardara en emperifollarse y otro compañero que entendiera la guía ferroviaria. Y así, por pudor de hombre, expreso burla burlando mi más hondo sentimiento de compañerismo.

Esta vez, por donde íbamos era monte, con ralos matorrales y árboles, pero, sobre todo, con un silencio despejado como el cielo y que daba la impresión latente de la presencia de Dios. Más a menudo que rodar, marchábamos, para aliviar de nuestro peso a "Artillero", levantando menos tolvanera por ir aplacándola el frío y la humedad, cual si conforme nos acercáramos al término de viaje agotáramos la provisión de verano. Y es que a medida que caía el día de nuestra última jornada, también bajaba para nosotros el telón de ese retablo que es "El Quijote", donde archihumanos Arlequines y Polichinelas se tratan a varapalo limpio, y Colombina es la colomba eucarística y dulcinesca. Sentíamos como si el propio Caballero de la Triste Figura, puesto a caución por el de la Blanca Luna, se recogiera a cuarteles de invierno ya sin primavera; porque la Ilusión no es tal ilusión, sino como la luz, que apenas se retira del paisaje lo suprime; y en el Bosque de la Bella Durmiente, todo se duerme cuando se aduerme nuestro corazón.

Derribado por la finta de un caballero fingido, el que era encarnación y personificación de la caballería andante, vino por aquí al encuentro de ese anticipo de la muerte, que es la

lucidez de la vida, lo que la ciencia vulgar llama "mejoría de la muerte". Loco había sido cuerdo, cuerdo estaría loco, pues vista la locura desde otro ángulo que el de nuestros precarios equilibrios de salud, no sólo no ha de parecer una desgracia, sino una señalada gracia, por cuanto supone el quebranto de muchos lazos y trabas temporales y el arrobamiento hacia místicos planos. En ese supuesto, recobrar la razón debe de ser sentirse dejado de la mano de Dios, o cuando menos de su índice que nos marcaba la frente, y recaer en nuestra mediocridad y soberbia. Por eso D. Quijote, sobrecogiéndose de su temeridad, al volver en sí en su lecho de muerte y hallarse desnudo de egoísmo, pedía perdón en cuanto a Alonso Quijano, "de sus convecinos llamado el Bueno", por haberse conducido como un peligroso majadero, es decir, un caballero sin miedo y sin reproche, y habiendo, como quien dice, trabajado para pobre, abundaba en la indigencia de los místicos castellanos:

No tengo lo que gasté;
lo que guardé lo perdí;
Sólo tengo lo que di.

(Un respeto religioso — en que sumo todas las razonadas certidumbres contra el más allá de nuestra acción en la vida y el más allá de la vida misma y todas mis certezas innatas de que a aquel que busque la verdad lo

demás le será dado por añadidura—me veda figurarme siquiera el tránsito del creador de D. Quijote y de Sancho, aunque sabiendo que uno y otro asistieron sus últimos instantes, no junto a sus familiares por la sangre, sino en la consubstanciación de su agonía, puesto que Cervantes moría crucificado entre ambos, bajo el excelso "INRI" de su sino.)

También nos despedíamos de Sancho, el cual, (muerto D. Quijote,) sin amo a quien conducir, engañar y seguir, se debe de haber sentido como un lazarillo que a su vez se hubiera quedado ciego. Sancho hermano, Sancho bueno, Sancho... Panza. Y con esto queda dicho todo, ya que la bondad, la ecuanimidad, en fin de cuentas alegría y buena digestión, no se fraguan sino en la fábrica del estómago. Sancho personifica aquello en que nosotros creemos y esperamos, y sobre todo lo que amamos, y es ellos y nosotros: pueblo.

¡Y qué decir de aquella a quien Cervantes llama Emperatriz de la Mancha, pero que nosotros hemos hecho Nuestra Señora y la reina de los indestructibles reinos que no han existido nunca! Una vez la impreca su caballero preguntándole:

¿Dónde estás, Señora Mía,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

Otra vez dice que queda mucho por decir de Dulcinea, pues "Dios sabe si la hay o no en el mundo, o si es fantástica o no es fantástica, y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo". Pero al verse vencido y constreñido a renunciar a sus empresas, hace una desgarradora profesión de fe: "Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra". ¡Nuestra confesión de fe, si el destino nos vence, sin merecer galardón!

Este amor a un libro de infundios, enjundia de la raza y que los della llevamos en la masa de la sangre, no sólo nosotros lo sentimos, ni solamente los europeos. Nunca supe contar el apasionamiento con que un criado mío japonés, venía repitiéndome las aventuras del desventurado samurai Don Quijote de la Mancha, conforme iba leyéndolas. Y sin embargo, estos míos y otros muchos comentarios no valen aquéllos tan frescos y vivos. Porque para Kakehashi-san, de Hiroshima, era evangelio la verdad incontrastable e inconcusa del libro de los libros, acaso el mayor y más fraternalmente humano que un solo cerebro de hombre haya logrado concebir y parir. Y el sumiso siervo budista, sentía como pocos al altivo señor cristiano, porque, para pagarse de contrastes, los que gustan más del

"Quijote" no suelen ser los espíritus aventureros, sino los apocados y rutinarios, que por algo un poeta lo consagró como Señor de los Tristes, y en achaque de caballerías es posible también que, como en todo, los últimos seamos los primeros.

No habíamos llevado, es cierto, hasta su término nuestra peregrinación y, como para "Cavilote", quedábanos inexplorada e inexplorable la Cueva de Montesinos. Pero a mí, que visité el Santo Sepulcro, cuna oriental de nuestras civilizaciones de occidente, en el bien entendido de hallarle por lo menos intacto como un ara, y lo vi violado y profanado por supersticiones y competencias de secta, no me habría sorprendido que esta Cueva de Montesinos, se hallase convertida en un muladar. Y aun dando de gracia que así no fuese, ¿a qué bueno desencantarla, si por todos extremos no sirvió sino de laberinto imaginario para que el mayor de los soñadores tejiera y destejiera sus sueños? ¡Bienhayan los vestiglos vedándonos la entrada y hasta la aproximación a ella, por los siglos de los siglos!

Estábamos tan aspeados y despeados moral y físicamente, que nos confortó la idea del tartanero de hacer alto en la casilla de un peón caminero amigo suyo, donde podríamos probar los mejores tomates y melones de la comarca. Paco nos explicó, conforme nos acercábamos, la constitución de esa familia manchega, cuyo padre era devoto, cazador, y amigo

de faldas, como un hidalgo de gotera, o, declinándolo por su orden: mujeriego, aficionado a la caza, y buen cristiano. Tenía su mujer y un hijo de pocos años, llamado Alonso, o Miguel, y una hija tan pequeña que aun no se la conocía sino como la hermana de Miguel, o de Alonso; que en esto del nombre no andaba muy seguro Paco. Y el hogar lo completaban un jamelgo y un galgo.

Cuando en medio a la desolación de la campiña y el crepúsculo avistábamos la vivienda, a su puerta vimos descender de un carricoche a los amos, quienes llegaban precisamente de hacer sus compras en Argamasilla, y contra lo de "nobleza obliga", la mujer del peón caminero nos acogió en su casilla, con más hidalgía y desde luego mayor hospitalidad que en su palacio hubiera acaso podido, pero de cierto no querido hacerlo la noble sobrina de la sobrina de don Quijote.

El interior era claro y limpio, y mientras disponían una merienda, que para nosotros era almuerzo y probablemente sería cena, yo me detuve a examinar una panoplia de armas en el muro, con escopeta, canana, perdigonera y frasco de pólvora, cuchillos de caza y una bayoneta de tres filos, larga y buída, y un espadón o montante de los milicianos. Y pensé en el trofeo que haría la espada blanca, de puño y guarda cruzados, que alguna vez debió de servirle de cruz al Caballero, cuyo acero, posiblemente toledano, segó lauros con sus dobles y mandobles, y la tizona de cazoleta de

hierro del escudero, (otro asunto que Cervantes cuelga, descuelga y deja en el aire,) buena todo lo más para dar cintarazos con su hoja embotada como asador y que cortó ristras: ajo de majagranzas, laurel de héroe, condimentos ambos para el condumio.

Por la ventana se veían afuera hermanablemente juntos y acaso departiendo como nosotros, entre ellos, al caballejo del caminero y a nuestro pollino. Y yo pensaba entonces en estas bestias de carga, tiro o montura, que comparten nuestra existencia diaria en los campos, de cuya inteligencia fío y en cuya alma confío, sin distinción de categorías. Don Quijote hízola cuando puso reparos en poner o quitar rey aceptando un escudero caballero asnalmente y hasta se prometió subsanarlo privando de caballo al primer descortés caballero que topase y dándoselo a Sancho como "más honrada caballería". Y ocurre que mientras el bridón del Cid, que ganó batallas después de muerto, antójasenos invenciones del Romancero, Rocinante, pobre rocín que siendo casto como su amo, atrajo sobre su cabeza, con su única rijosidad, la ira armada y desalmada de los yangüeses, se nos aparece, con su inseparable Rucio, como las cabalgaduras más familiares del mundo. Con aquel Babieca y bajo el ala de pentecostés de Clavileño, (que es Pegaso,) forman ese trío de los animales, que los más domesticados o amaestrados han de ver en un nimbo de polvo de las edades.

La estancia donde nos hallábamos había ido perdiendo en luz, conforme comíamos, y ganando en lumbre. A ambos lados de la chimenea teníanse quedos y quietos, como en dos hornacinas, el niño y el galgo, la hermanita y el gato, y el hombre nos daba conversación mientras su mujer se desvivía por atendernos, asistida de "Cavilote" atareadísimo en estorbar. La pobre tenía, mirando a su marido, sus bellos ojos de enamorada, que la vida había ido adormeciendo, y mantenía con monosílabos o gestos de sonámbula, esa esperanza decepcionada y esa decepción esperanzada, que viene a ser siempre la maternidad. Su Alonso quería ser cazador o guarda; la niña soñaba con llegar a servir como niñera. Después salieron todos a dejarnos. Y ya se había entrado el padre, y todavía nos despedían la madre, los hijos, el perro y el gato.

Cuando reanudamos la marcha, la noche caía, y como Paco pensara y pusiera por obra que "quien caminando lleva priesa, en camino llano tropieza", ya había cerrado con foscas nubes, cuando llegamos a Argamasilla de Alba, donde lo primero y último que vimos, paseando por la plaza, fué el triunvirato del médico titular, el bachiller Angel Pereyra (con y) y el licenciado Gómez. El primero era el único en el distrito, y si me apuran en sus contornos, que usaba a diario sombrero hongo, cuello de pajarita, gemelos en los puños, con el seis doble de las fichas de dominó, guantes

de gamuza color patito, y junquillo con puño de asta en forma de pata de caballo; el segundo, que vigilaba por esa época no sé qué acarreos de uva, iba deportivamente a cabeza descubierta y vestido con un impecable "mono" de obrero, hecho creo hasta sobremedida; en cuanto a nuestro amigo D. Carlos, tenía su eterna gorra, cuya visera cambiaba de dirección, como una veleta, según las mudanzas del tiempo y la fortuna. La idea que hubiéramos fallado la Cueva de Montesinos, parecía divertirles sobremanera y, escéptico, irónico, o sarcástico, los tres no nos ahorraron cuchufletas y pullas.

Comenzó a chispear según dejamos la abigarrada tartana, que, al paso acompasado de "Artillero", se alejó sin nosotros con dirección a las cocheras de los Bover, guiada más que por sus cascabeles, por los cantares del tartanero:

Al tiempo le pido tiempo
Y el tiempo, tiempo me da,
Y al mismo tiempo me dice
Que a tiempo me matará.

FINAL

CAPITULO XV

LA INACCESIBLE CUEVA DE MONTESINOS

Dice el que escribió esta pequeñísima historia, que llegando a este capítulo de la Cueva inaccesible de Montesinos, en el margen dél ha estampado de su puño y letra estas acotaciones:

No me puedo dar a entender ni me puedo persuadir que me pasase puntualmente lo que en el siguiente capítulo va a quedar descrito. "La razón es, que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verosímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables". Pues pensar que yo miento, no es posible, que no dijera yo una mentira si me asaetearan. Por otra parte, considero que voy a contarla con todas sus circunstancias y no es dable fabricar en breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, aun tengo la disculpa de haberla inventado por parecerme que convenía y cuadraba bien con las que había leído en "El Quijote", y

así sin afirmarla por falsa o verdadera, la transcribo. "Tú, lector, pues eres prudente juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo más", pues no tengo, como tuvo Don Quijote, una Cabeza Parlante o Encantada a la cual preguntarle si "¿fué verdad o fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la Cueva de Montesinos?" y que me responda, como a él le repuso, "que de todo hubo".

Apenas llegamos nos recogimos y en mi cuarto cambié con gusto los arreos de viajero por un holgado pijama de seda cruda y me metí en cama, aunque sin intención de dormirme aún. Durante un rato hojeé "El Quijote"; mas siendo la letra menuda, la luz escasa y débil mi vista, acabé por soltarlo y apoyar simplemente la cabeza en... Y aquí advierto que si he mentado antes entre las curiosidades de mi aposento argamasillesco la ametralladora "Flit", seguramente posterior a Azorín, en cambio he omitido involuntariamente otros dos adminículos de sus tiempos: la palmatoria de hierro forjado, tan historiada de historiar, que sólo marcaré el contraste de su color bruno y bruñido, con el blanco de la vela y el verde de la arandela de vidrio donde caen gota a gota los lagrimones de esperma, y uno de esos cojines que hace años les enseñaban a hacer a las niñas en las labores de mano y que se colgaban a la cabecera para poder apoyar la cabeza estando sentado en cama.

Llamábanse "perezosas" y tenían la forma

de media luna con las puntas vueltas hacia arriba, lo cual prestaba una aureola a los maridos desvelados. Está mía estaba forrada de dorado raso, que había ido tornasolándose y apergaminándose con el tiempo y las sombras de las cabezas, y orlábala un alamar, verde como el cordón que la sostenía.

¿Llegó Azorín a poner el cuello en tal guillotina? Si no lo hizo, hizo mal, y peor si por razones de higiene, pues "en un siglo, todos calvos", y en cambio se perdió lo que yo me encontré.

Así, descansé desaprensivamente la nuca contra el inmóvil columpio y me dediqué a mecerme en ese entre sueño y ensueño que viene a ser el deslinde indefinible de una ría donde ya el agua es dulce, donde todavía es amarga; ese duermevela sin hallarse ni despabilado ni adormido, que en el lenguaje corriente llámase dormitar o "quedarse transpuesto" y que, un tono más alto o uno más en sordina, es efectivamente la transposición de todo. Como no apagué la luz, dilataba mis pupilas para entrever la penumbra y refrescarme y aguzaba los oídos a fin de escuchar el silencio y distenderme. Y, como a las veces entrecortábalo de somnilocuencias, yo que siempre soy sonámbulo me hacía la impresión de fluctuar en esa indecisa vigilia que llaman eternidad.

Inspeccionaba beatíficamente los muros de mi celda, tanto más sugestivos cuanto más desnudos, y así como nos sorprende a veces, en

este estado, saber que sabíamos volar, a mi me extrañó no haberme dado cuenta que mi alcoba de Argamasilla comunicábase directamente con la tan perseguida y no conseguida Cueva de Montesinos, y que en paños menores, es decir, en pijama de seda cruda, como estaba, yo podía saltar del lecho y escudriñarla ahora mismo a mis anchas.

Era sobrenatural y a la vez muy natural que así fuera, ya que habíamos venido para eso. Y lo único que me dolía era que mis amigos hispanistas, no supieran o pudieran aprovechar también la oportunidad de visitarla. Quede constancia, pues, que esta aventura la corrí yo solo y por mi cuenta y riesgo y que, real o imaginaria, en ella no tienen ni arte ni parte, ni invención ni intervención mis compañeros de viaje, quienes sólo al leerme podrán medir la ventaja que les gané.

Llegado a la cueva buscaba una guía cuando, junto a la entrada, "espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas tan espesas e intrincadas que de todo en todo la cegaban y encubrían", vi de pie a uno que creí un hortelano, mas no lo reconocí.

Díceme él:

—Regocíjate. ¿Por qué buscas en el Reino de las Sombras a los que viven en el de la Luz?

Y yo le dije:

—Si los conoces llévame a ellos.

Díceme:

—Buen aprendiz de Obrero.

Volviéndome dígole:

—Maestro.

—*Noli me tangere,* — advirtióme; — pero voy a tenderte la escala de Jacob al revés, es decir, hacia abajo, y ya que has tenido tu cuerpo a cuerpo con el Angel, aprende ahora a invocar al Numen.

Yo contemplaba con todos los sentidos corporales y todas las potencias del alma ese su "rostro aguileño, de cabellos castaños, la color viva, antes blanca que morena, las barbas de plata, la boca pequeña y no crecidos los dientes, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies", y no atinaba a seguirle.

—Ven conmigo, — repitió él sonriendo maliciosamente, — y si miras y ves, hasta te podría predecir lo que predijéronse a sí mismos en mi nombre algunos de mis evangelistas y discípulos y otorgarte lo que les pareció de perlas atribuirse:

"Tal empresa como aquesta, amigo, para ti estaba guardada".

Pero como eso iría en serio, lo cual es broma, y aquí vamos de burlas, que viene a ser de veras, limítome a decirte de una vez por todas: Andemos para no llegar.

A cosa de siete estados de profundidad nos detuvimos y recogiendo el crepúsculo, como un cortinaje, la mano del hombre que no tenía sino una, me permitió sorprender un in-

terior claro y limpio, que ya me parecía haber visitado.

Era una pieza más bien baja que alta, esterada de enea, con una librería donde había "más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños". La chimenea estaba encendida y adosados como estantiguas contra cada jamba teníanse quedos y quietos un chico con un galgo y una chica más pequeña todavía, con un gato. En la pared una panoplia de mosquetes y arcabuces, una jabalina, una espada blanca, una rodela y hasta una lanza en su astillero, indicaban aficiones cinegéticas en su dueño, como atestiguábalo de místico una tabla con una imagen de San Francisco y como delataba otras más livianas inclinaciones el hecho de verle a él mismo en su sillón de vaqueta junto a una mesa cubierta de un tapete de veludillo, donde había un candil de hierro, leyendo en un libro de historias no precisamente las de caballerías sino otras de ardides y enredos amatorios. Acaso por ello su mujer, que en un escabelito devanaba su devanadera, tenía al mirarle sus bellos ojos de enamorada, que la vida había ido adormeciendo, y mantenía con monosílabos y gestos de sonámbula esa esperanza decepcionada y esa decepción esperanzada que viene a ser siempre la maternidad: Su Alonso quería ser con el tiempo ermitaño o caballero andante; la niña en cambio arrullando al gato no soñaba sino con llegar a ser mamá de una niña...

Me volví para que mi guía me explicara la escena y lo vi con estupor convertido en un niño igual por igual al que teníamos delante. Lo curioso es que a pesar de esta mudanza yo lo reconocía bajo su apariencia nueva y hasta parecíame no sé por qué lógico que puesto que remontábamos a la infancia del Quijote también retrocediéramos a la de su autor.

Aunque así desandáramos la carretera de los siglos, yo no perdía, sin embargo, mi visión moderna y hasta pensé que estos cuadros vivos, pero mudos, debían de parecerse a los que impresionaban no ha mucho en la Mancha unos peliculeros escandinavos. Y volvió a hacerse la obscuridad y por ella seguimos nuestro descenso, calculo, hasta los 14° bajo tierra.

Mi guía había vuelto a detenerse. Yo lo sentía aunque no podía verlo y me atenaceaba la curiosidad de saber si había recuperado su primitivo aspecto de hombre hecho y derecho y manco o si aún sería el chiquilicuatro de hace un momento. ¿Un momento? Deseaba consultar también mi reloj-pulsera, para deducir lo que tardaríamos en nuestros trogloditas sondeos y merodeos.

De nuevo una claridad difusa de acuario cual si viniera a través de agua esclareció la cueva. Y vi distintamente la plaza y la iglesia de Argamasilla y en el porche un adolescente cuyos ojos únicos recordábanme con todo los del retrato de Don Rodrigo de Pa-

checo. Eran esos ojos, claros, limpios y nuevos como los cabellos y los dientes, los reservados por el destino para ver el mundo y otras cosas; ojos que no se empañarían sino con el hálito glacial y que la tierra misma no se comería antes que el héroe la hubiese medido con sus sueños y por sus pies.

Y al volverme no tuve ningún sobresalto de ver al lado mío a otro adolescente semejante, que era siempre mi guía, "alegre de rostro y al parecer ágil de su persona". Traía puesta como el otro una ropilla de terciopelo de luto, con visos de raso, gorguera y ferreruelo, las medias eran de seda, los zapatos cuadrados a uso de corte, y pendía de un tahalí de lobos marinos la espada. Entre dientes tarareaba una seguidilla, mientras veíamos salir a los fieles de esa misa mayor de hace 365 días, que no más valen al cabo del tiempo trescientos sesenta y cinco años.

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros,
No fuera en verdad.

Esta vez ya no era sólo el cine el que se proyectaba a mis ojos, sino que era para mis oídos el teatro parlante y cantante. Y embobado estaba yo viendo al doncel, cuando entre las últimas feligresas que dejaban santiguándose el templo, acertó a pasar una doncellita de poco menos de quince años, vestida con

unas haldas de tisú rosa con guarniciones de plata y cubierta de un cendal, que echó de reojo una mirada sobre Alonso Quijano. Y, yo le vi ruborizarse y palidecer, porque como buen hijo de libertino, era la castidad en persona, y sin perderla de vista conforme se alejaba, preguntarle tartamudeando al sacristán, que ya iba a cerrar, quién podía ser aquella damisela para él desconocida en la parroquia. El viejo contestóle era una toboseña que había venido a pasar su domingo a casa de su parentela en Argamasilla de Alba y al despuntar la del lunes volveríase a su lugar. Entonces dándole muy cortésmente las gracias echó a andar el mancebo sobre las huellas de la toboseña.

Yo sabía que seguiría persiguiéndolas cuando ella fuera madre y abuela y más allá de la vida, cuando no fuera sino una sombra, y que sólo en el corazón henchido de inútil ternura de su amador, nunca tendría la Dulcinea mucho más de quince años; y sin temer anacronismos recité el verso de Milosz:

La pasión misteriosa y casta
Que sentimos al salir de la infancia,
No es sino un recuerdo obscuro
del primer amor del mundo.

—Hasta aquí te acompaña tu Virgilio, — profirió la voz a la par desencantada y encantadora de mi guía. — En el último círcu-

lo que te queda por recorrer, trata de no extraviar el hilo conductor del dédalo; mira y ve y cuando vuelvas "a riveder le stelle" y entre los mortales, cuéntales con tu acento, pero por mi aliento lo que yo no quise contarles y diles que hay un Mesías en todo niño y que en toda Pasión, como hay una Muerte, hay una Natividad, una Epifanía y un vuelo de palomas que nunca regresan al corazón.

Proseguí sumiéndome hasta ese temible veintiún estado donde no sabía qué otra Revelación podía reservárseme. Y nada vi al pronto, hasta que poco a poco fué tomando cuerpo una irradiación mucho más gloriosa que las precedentes, al punto que las paredes de la cueva pareciéronme "de transparente y claro cristal fabricadas" y sobre una roca de hielo que asimismo parecía cristal de roca, deslumbrante aparecióseme la aparición del Tabor que había yo presentido: El Caballero Andante a lo Divino San Francisco de Asís y Don Quijote de la Mancha Caballero Andante a lo Humano, (cuya apostura anquilosada de hombre de muchos ejercicios espirituales y pocos corporales érame familiar.) Entre ambos había una figura de luz sin rostro, como nuestro amor, y adivinando a Aquél que lo es todo y todo lo tiene, me postré haciendo con las rodillas un tan gran ruido contra el suelo de cristal, que temí haberlo trizado...

...El cordón tazado que retenía la almohadilla, habíase roto y, desde los mismísimos

cuernos de la Luna, yo daba con la sesera contra los travesaños de la cama. La bujía, en el cabo, lamía con su llama la arandela y habíala hecho saltarse.

Maté la luz y recliné la cabeza en los mal escarmenados rellenos de la poco mullida almohada. Lamentaba que mis buceos visionarios no me hubieran llevado hasta ubicar los siete pies de tierra donde con ella se confundió el Héroe en el apretado e interminable abrazo; pero comprendía que sus cenizas aventadas como un voleo de semillas a los cuatro confines de estas Españas sobre las cuales no se pondrá nunca el Sol, las habían bonificado y con semejante abono el olivo ha de retoñar más plateado y más encendida la rosa del laurel rosa.

"Señora, donde hay música
no puede haber cosa mala".

Hasta aquí la Mancha, de ayer y de hoy, y hasta aquí Don Quijote de Cervantes, de todos y de siempre, al cual puede aplicarse, mejor que a nadie, lo del Soneto de Quevedo al duque de Osuna:

"Faltar pudo su patria al grande Osuna,
Pero no a su defensa sus hazañas,
Diéronle muerte y cárcel las Españas,
De quien él hizo esclava la Fortuna."

Yo no he tratado de expresar pareceres nuevos, — que van escaseando bajo el Sol, — sino sinceros sentires; ni mucho grande, sino algo íntimo, fruto tanto de la fábula y vida del Príncipe de los Ingenios, cuanto de la mía. Y sobre todo y ante todo, tratado he de hacer canto llano, ya que, como reza la inscripción del trascoro de la Catedral de Toledo: "¡Canta y calla!" y como le dice Sancho a la Duquesa: "Donde hay música no puede haber cosa mala."

F I N.

INDICE

Pág.

Dedicatoria 9

INTRODUCCION

Capítulo I.—Vela de armas 13

PRIMERA JORNADA

(Argamasilla de Alba)

Capítulo II.—La llanura manchega 21
Capítulo III.—En un lugar cuyo nombre . 29
Capítulo IV.—La Figura del Caballero Triste 37
Capítulo V.—Sobremesa de burlas y de veras con El Licenciado y El Bachiller 45

INTERMEDIO

(Tomelloso)

Capítulo VI.—Uvas y queso 57

SEGUNDA JORNADA

(El Toboso.—Criptana y Puerto Lápice)

Capítulo VII.—A las puertas del Toboso .. 69

Pág.

Capítulo VIII.—Los palacios de Doña Dulcinea 77
Capítulo IX.—La venta de Maritornes y otros nuevos comentarios .. 27
Capítulo X.—Los molinos sin viento y Puerto Lápice 95

TERCERA JORNADA

(Peñarroya.—Las Huertas de Agua y la Vega.—Ruidera y las lagunas)

Capítulo XI.—El Castillo Desmantelado y las Huertas de Camacho .. 107
Capítulo XII.—Los batanes silenciosos y las fábricas de flúido 117
Capítulo XIII.—La ventera Iluminada de Ruidera 129
Capítulo XIV.—Mañana fué ayer 141

FINAL

Capítulo XV.—La inaccesible Cueva de Montesinos 153
Epílogo 164

ESTA OBRA
SE ACABO DE IMPRIMIR EN LAS PRENSAS
DE LA
EDITORIAL ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
A LOS
VEINTIUN DIAS DEL MES DE AGOSTO
MCMXXXIV

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21174 7651

DATE DUE

JUL 17 1997
JUL 30 1997

DEMCO, INC. 38-2971

9/95